

yo le he dado muerte como a un amor mortal, que hacía vivir mi corazón con una vida también mortal, y, así como mi Salvador fue crucificado y murió, según su vida mortal, para resucitar a una vida inmortal, de la misma manera yo he muerto con Él en la cruz, según mi amor natural, que era la vida mortal de mi alma, para resucitar a la vida sobrenatural de un amor que, pudiendo ejercitarse en el cielo, es también, por consiguiente, inmortal.

Al ver, pues, a una persona que, en la oración, tiene unos arrobamientos por los cuales sale y se eleva sobre sí misma en Dios, pero que, a pesar de ello, no tiene el éxtasis de la vida, es decir, no lleva una vida realzada y unida a Dios por la abnegación de las concupiscencias mundanas y la mortificación de los deseos y de las inclinaciones naturales, por la dulzura interior, la simplicidad, la humildad y sobre todo por una continua caridad, cree, Teótimo, que todos estos arrobamientos son muy dudosos y peligrosos; son arrobamientos propios para hacerse admirar de los hombres, mas no para santificarlos. Porque ¿qué bien puede sacar un alma de ser arrobada en Dios, en la oración, si su conversación y su vida son arrebatadas por los afectos terrenos, bajos y naturales? Estar por encima de sí mismo en la oración y por debajo de sí mismo en la vida y en la acción, ser angélico en la meditación y bestial en la conversación, es andar cojeando de ambas piernas, es jurar *por Dios* y jurar *por Melcom*¹³; en una palabra, es una verdadera señal de que tales arrobamientos y engaños son del espíritu maligno. Bienaventurados los que viven una vida sobrenatural, extática, levantada por encima de sí mismos, aunque no sean arrobados sobre sí mismos en la oración. Muchos santos hay en el cielo, que jamás estuvieron en éxtasis o en arrobamiento durante la contemplación. Porque, ¡cuántos mártires y grandes santos y santas vemos, en la historia, los cuales jamás tuvieron, en la oración, otro privilegio que el de la devoción y el fervor! Pero jamás ha habido santo alguno que no haya tenido el éxtasis y el arrobamiento de la vida y de la obra, remontándose sobre sí mismo y sobre sus inclinaciones naturales.

VIII

Admirable exhortación de San Pablo a la vida extática y sobrehumana

San Pablo nos propone el más fuerte, el más apremiante y el más admirable argumento, para inclinarnos a todos al éxtasis y al arrobamiento de la vida y de la obra. Escucha, Teótimo, las ardientes y celestiales palabras de este apóstol todo él extasiado y transportado al amor de su maestro. Hablando, pues, de sí mismo (que es lo mismo que decir de cada uno de nosotros), dice: *La caridad de Cristo nos apremia*¹⁴. Nada mueve tanto el corazón del hombre como el amor. Si un hombre sabe que es amado, sea por quien sea, se ve obligado a corresponder con el amor; pero si el que le ama es un gran monarca ¡cuánto más apremiado no se siente! Y ahora, mi querido Teótimo, sabiendo que Jesucristo, verdadero Dios eterno y omnipotente, nos ha amado hasta querer sufrir por nosotros la muerte, y la muerte de cruz, ¿no equivale todo esto a tener nuestros corazones como en una prensa para que salga de ellos exprimido el amor, con una fuerza y una violencia tanto más irresistible cuanto es más amable y agradable?

Lo que se sigue de esto, es lo que Cristo deseó de nosotros: que nos conformásemos con Él, *para que*, como dice el Apóstol, *los que viven no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos*¹⁵. ¡Oh Dios mío! ¡qué fuerte es esta consecuencia en materia de amor! Jesucristo murió por nosotros; nos dio la vida con su muerte; nosotros no vivimos, sino porque Él murió; nuestra vida, por lo tanto, no es nuestra, sino de Aquel que nos la adquirió con su muerte; luego no debemos vivir más en nosotros, sino en Él; no para nosotros, sino para Dios.

Consagremos al divino amor con que murió nuestro Salvador, todos los momentos de nuestra vida, refiriendo a su gloria todas nuestras empresas, todas nuestras conquistas, todas nuestras obras, todas nuestras acciones todos nuestros pensamientos y todos nuestros afectos. Contemplemos a este divino Redentor tendido sobre la cruz en la cual muere de amor por nosotros. ¿Por qué no nos arrojamus en espíritu sobre Él, para morir en la cruz con Él, que por nuestro amor quiso también morir? Me cogeré de Él, de-

beríamos decir si tuviésemos generosidad, moriré con Él y me abasaré en las mismas llamas de su amor; un mismo fuego consumirá a este divino Creador y a su ruin criatura. *Mi Jesús es todo mío y yo soy todo suyo*¹⁶; y viviré y moriré sobre su pecho; *ni la muerte ni la vida me separarán jamás de Él*¹⁷. Así, es, cómo se realiza el éxtasis del verdadero amor, cuando ya no vivimos según las razones y las inclinaciones humanas, sino por encima de ellas, según las inspiraciones y los sentimientos del divino Salvador de nuestras almas.

IX

Del supremo efecto del amor afectivo, que es la muerte de los amantes, y primeramente, de los que murieron en el amor

*El amor es fuerte como la muerte*¹⁸. Algunas veces el amor sagrado es tan violento, que efectivamente causa la separación del cuerpo y del alma, haciendo morir a los amantes con una muerte tan dichosa que vale más que cien vidas.

Así como es propio de los réprobos morir en pecado, así es propio de los elegidos morir en el amor y gracia de Dios; pero con todo, acaece de una manera muy diferente. El justo nunca muere de una manera imprevista, porque gran previsión de la muerte es el haber perseverado en la justicia cristiana hasta el fin. Ha habido en nuestros tiempos varones eximios, en virtud y en doctrina, que han sido encontrados muertos, unos en el confesionario, otros oyendo un sermón, y no han faltado algunos que han fallecido al bajar del púlpito, después de haber predicado con gran fervor; muertes repentinas todas éstas, mas no imprevistas. ¡Y a cuántos hombres de bien no hemos visto morir de apoplejía, de letargo, y de otras mil dolencias repentinas, y a cuántos también presa de desvarío, y aún privados del uso de la razón! Todos éstos, con los niños bautizados, han muerto en gracia y, por consiguiente, en el amor de Dios. Mas ¿cómo han podido morir en el amor de Dios, sin pensar siquiera en Dios en el momento de su tránsito?

Los hombres sabios no pierden su ciencia cuando están dormidos; de lo contrario, serían de nuevo ignorantes al despertar y

tendrían que volver a la escuela. Lo mismo ocurre con todos los demás hábitos de prudencia, de templanza, de fe, de esperanza, de caridad: siempre se conservan dentro del espíritu de los justos, aunque no siempre produzcan sus actos. Parece que, en el hombre dormido, todos los hábitos duermen con él, y que con él despiertan. De la misma manera, cuando el justo muere súbitamente, ya sea aplastado por una casa que se le cae encima, ya herido del rayo, ya ahogado por un catarro, o bien fuera de sus cabales, por causa de una fiebre muy subida, no muere, ciertamente, en el ejercicio del amor divino, pero muere en el hábito de este amor, por lo cual dijo el Sabio: *El justo, aunque sea arrebatado de muerte prematura, estará en lugar del refrigerio*¹⁹; porque, para obtener la vida eterna, basta morir en el estado y en el hábito del amor y de la caridad.

Muchos santos, empero, han muerto no sólo en caridad y con el hábito del amor celestial, sino también en el acto y en la práctica de éste. San Agustín murió en el ejercicio de la santa contrición; San Jerónimo, mientras exhortaba a sus queridos hijos al amor de Dios, del prójimo y de la virtud; San Ambrosio, del todo arrobado, mientras conversaba dulcemente con su Salvador, inmediatamente después de haber recibido el divinísimo Sacramento del altar; San Antonio de Padua, después de haber repetido un himno a la gloriosa Virgen madre, y hablando gozosamente con el Salvador; Santo Tomás de Aquino, juntando las manos, levantando los ojos al cielo, alzando fuertemente la voz y pronunciando, a manera de aspiraciones, con gran fervor, estas palabras de los Cantares, que era las últimas que había explicado: *Ven querido amigo, salgamos a los campos*²⁰. Todos los apóstoles y casi todos los mártires murieron rogando a Dios. El bienaventurado y venerable Beda, habiendo tenido noticia, por revelación, de la hora de su muerte, acudió a vísperas (era el día de la Ascensión), y, estando en pie, apoyado tan sólo en los brazos de su silla, sin enfermedad alguna, acabó su vida en el mismo instante en que acababa de cantar las vísperas, como en la hora más a propósito para seguir a su Señor en su subida a los cielos, a fin de gozar, ya muy de mañana, de la eternidad que no tiene noche. Juan Gersón, canciller de la Universidad de París, hombre tan docto como piadoso, del cual, como dice Sixto de Siena, no se puede discernir si, en él, la doctrina, aventajó a la piedad o la piedad a la doctrina, después de haber explicado las

cincuenta propiedades del amor divino indicadas en el Cantar de los Cantares, tres días después, con un rostro y un corazón llenos de vida, expiró, pronunciando y repitiendo muchas veces, a manera de jaculatoria, estas sagradas palabras sacadas del mismo Cantar: «Oh Dios mío, vuestro *amor es fuerte como la muerte*»²¹; y el gran apóstol de los japoneses, Francisco Javier, expiró sosteniendo y besando el crucifijo, y repitiendo a cada momento estas aspiraciones, salidas de su alma: ¡Oh Jesús, Dios de mi corazón!

X

De los que han muerto por el amor, y por el amor divino

¡Qué dichosa es esta muerte! ¡qué dulce es esta amorosa saeta, que al herirnos con la herida incurable de la santa dilección, hace que languidezcamos para siempre y que enfermemos de unos latidos de corazón tan fuertes, que, al fin, es menester morir! Estos sagrados desfallecimientos y estos trabajos soportados por la caridad, acortaron los días a los divinos amantes, como santa Catalina de Sena, San Francisco, el jovencito Estanislao de Kostka, San Carlos, y tantos otros, que murieron tan jóvenes. En cuanto a San Francisco, desde que recibió los sagrados estigmas de su Maestro, tuvo tan fuertes y penosos dolores, tales espasmos, convulsiones y enfermedades, que no le quedó sino la piel y los huesos, y más parecía un esqueleto o una imagen de la muerte que un hombre vivo y con aliento.

XI

Que algunos entre los divinos amadores han muerto también en el ejercicio del amor

Este es el efecto más violento que el amor produce en un alma y que exige de antemano una gran desnudez de todos los afectos que pueden tener al corazón pegado al mundo o al cuerpo; de suerte que, así como el fuego, después de haber separado, poco a poco,

la esencia de su masa, hace salir la quinta esencia, de la misma manera, el amor santo, después de haber liberado el corazón humano de todos los humores, inclinaciones y pasiones, en la medida de lo posible, hace, después, salir el alma, para que, por esta muerte preciosa, a los divinos ojos, pase a la gloria inmortal.

San Basilio había contraído una estrecha amistad con un célebre médico, judío de nación y de religión, con el intento de atraerle a la fe de nuestro Señor, lo cual, empero, no pudo conseguir, hasta que quebrantado de ayunos, de vigiliyas y de trabajos, llegó al artículo de la muerte y le preguntó cuál era su parecer acerca de su salud, conjurándole que se lo dijese francamente, lo cual hizo el médico, después de tomarle el pulso. No hay remedio, le dijo; mañana, antes de la puesta del sol, habréis ya muerto. Mas ¿qué diréis — repuso el enfermo —, si mañana todavía vivo? Os prometo que me haré cristiano, replicó el médico. El santo rogó a Dios y obtuvo la prolongación de su vida corporal en favor de la vida espiritual de su médico, el cual, habiendo visto esta maravilla, se convirtió. San Basilio se levantó animosamente del lecho, fue a la iglesia, y le bautizó, con toda su familia; y, vuelto a su habitación y acostado de nuevo, después de haber conversado largamente con nuestro Señor, en la oración, exhortó a los que le asistían a que sirviesen a Dios de todo corazón, y, al ver que los ángeles corrían hacia él, pronunció, con gran suavidad, estas palabras: Dios mío, os encomiendo mi alma y la pongo en vuestras manos, y expiró. El pobre médico convertido, al verle ya muerto, le abrazó, y, derramando lágrimas, dijo: Oh, gran Basilio, siervo de Dios, en verdad que, si así lo hubieseis querido, no hubieseis muerto hoy, como no moristeis ayer. ¿Quién no ve que esta muerte fue enteramente una muerte de amor? Y la bienaventurada madre Teresa de Jesús reveló, después de su tránsito, que había muerto de un asalto e ímpetu de amor, el cual había sido tan violento, que la naturaleza no lo había podido soportar, por lo que su alma había partido hacia su Amado, objeto de sus afectos.

XII

Que la santísima Virgen Madre de Dios murió de amor por su Hijo

No es posible dudar prudentemente de que San José murió antes de la pasión y muerte del Salvador, pues, de lo contrario, no hubiera recomendado su Madre a San Juan. Y, siendo esto así, ¿quién sería capaz de imaginar que el Hijo querido de su corazón, al cual había sustentado, no le asistió en la hora de su tránsito? *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*²². Un santo que tanto había amado en vida no podía morir más que de amor; porque, no pudiendo su alma amar a su sabor a su amado Jesús, en medio de las distracciones de esta vida, y habiendo cumplido ya la misión que le fue confiada durante la infancia del Señor, ¿qué le quedaba por hacer, sino decir al Padre celestial: *¡oh, Padre!, yo he cumplido el encargo que me habéis confiado*²³, y después a su Hijo: ¡Hijo mío! así como tu Padre celestial puso tu cuerpo entre mis manos, el día de tu venida al mundo, así en este día de mi partida de este mundo, pongo mi espíritu en las tuyas.

Tal como me imagino, hubo de ser la muerte de este gran patriarca, hombre escogido para hacer, al servicio del Hijo de Dios, los más tiernos y los más amorosos oficios, cuales jamás se hicieron ni se harán, después de los que desempeñó su celestial esposa, verdadera Madre natural de este mismo Hijo, de la cual es imposible imaginar que muriese de otra muerte que de amor, muerte la más noble de todas, y debida, por consiguiente, a la vida más noble que jamás ha existido entre las criaturas; muerte de la cual los mismos ángeles desearían morir, si de morir fuesen capaces.

XIII

Que la santísima Virgen murió de un amor extremadamente dulce y tranquilo

El amor divino crecía a cada momento en el corazón virginal

de nuestra gloriosa Señora, pero con crecimiento dulce, apacible y continuo, sin agitación ni brusquedad, ni violencia alguna. No podía caber una impetuosidad agitada en este celestial amor del corazón maternal de la Virgen, porque el amor es de suyo dulce, gracioso, apacible y tranquilo, y si alguna vez procede por saltos y sacude el espíritu, ello es debido a que encuentra resistencia.

Mas, en la santísima Virgen, todo favorecía y secundaba la corriente del celestial amor. Los progresos y los acrecentamientos de éste eran incomparablemente mayores que en todas las demás criaturas, pero, infinitamente suaves, apacibles y tranquilos. La santísima Virgen no quedó pasmada de amor ni de compasión junto a la cruz de su Hijo, a pesar de haber sentido entonces el más doloroso acceso de amor que imaginarse pueda; porque, aunque este acceso fue extremado, fue, con todo, igualmente fuerte y dulce a la vez, poderoso y tranquilo, activo y apacible, lleno de un ardor agudo pero suave.

No digo, Teótimo, que en el alma de la santísima Virgen no hubiese dos partes, y, por consiguiente, dos apetitos: uno según el espíritu y la razón superior; otro según los sentidos y la razón inferior, de suerte que pudo sentir repugnancias y oposición de la una con respecto a la otra, porque este trabajo aparece también en nuestro Señor su Hijo; pero digo que en esta celestial Madre estaban todos los afectos tan bien dispuestos y ordenados, que el divino amor ejerció en ella su imperio y su dominio muy apaciblemente, sin que se sintiera turbada por la diversidad de voluntades o apetitos ni por la repugnancia de los sentidos, porque ni las repugnancias del apetito natural, ni los movimientos de los sentidos jamás llegaban hasta el pecado, ni siquiera hasta el pecado venial; al contrario, todo esto era, en ella, santa y fielmente empleado en el servicio del santo amor y en la práctica de las demás virtudes, las cuales, en su mayor parte, no se pueden practicar sino entre las dificultades, las repugnancias y las contradicciones.

La gloriosa Virgen, hecha partícipe de todas las miserias del género humano, menos de aquellas que tienden inmediatamente al pecado, las empleó utilísimamente en el ejercicio y acrecentamiento de las virtudes de la fortaleza, de la templanza, de la justicia de la prudencia, de la pobreza, de la humildad, del sufrimiento y de la compasión, de suerte que aquellas miserias no opusieron

ningún obstáculo, sino, al contrario, ofrecieron al amor celestial muchas ocasiones de robustecerse con continuados ejercicios y progresos.

Nuestro corazón ha sido hecho por Dios, que lo atrae continuamente y que no cesa de hacer sentir en él los alicientes de su celestial amor. Pero cinco cosas impiden esta atracción: 1.^a, el pecado, que nos aleja de Dios; 2.^a, el afecto a las riquezas; 3.^a, los placeres sensuales; 4.^a, el orgullo y la vanidad; 5.^a, el amor propio, con la multitud de las pasiones desordenadas que engendra, las cuales son en nosotros una pesada carga que nos aplasta. Ahora bien, ninguno de estos impedimentos tuvo cabida en el corazón de la gloriosa Virgen: 1.^a, siempre preservada de todo pecado; 2.^a, siempre pobre de corazón; 3.^a, siempre purísima; 4.^a, siempre humildísima; 5.^a, siempre señora pacífica de todas sus pasiones y libre de la rebelión que el amor propio suscita contra el amor de Dios. Así la santísima Madre, no teniendo nada en sí misma que impidiese la operación del divino amor de su Hijo, se unía con Él con una unión incomparable, en éxtasis dulces, apacibles y sin esfuerzo; éxtasis en los cuales la parte inferior no dejaba de producir sus actos, pero sin que esto estorbara en nada la unión del espíritu, y, recíprocamente, la perfecta aplicación de su espíritu no causaba gran distracción de los sentidos. De manera que la muerte de esta Virgen fue más dulce de lo que se puede imaginar, pues su Hijo la *atrajo suavemente con el olor de sus perfumes*²⁴, y ella corrió tras la fragancia de aquéllos, hacia el seno de la bondad de su Hijo. El amor había hecho sentir, junto a la cruz, a esta divina esposa, los supremos dolores de la muerte; era, pues, razonable que, al fin, la muerte le comunicase las soberanas delicias del amor.

LIBRO OCTAVO

Del amor de conformidad, por el cual unimos nuestra voluntad a la de Dios, que nos es significada por sus mandamientos, consejos e inspiraciones

I

Del amor de conformidad, que proviene de la sagrada complacencia

El verdadero amor nunca es desagradecido, y siempre procura complacer a aquellos en quienes se complace; de aquí nace la conformidad de los amantes, que nos hace tales como lo que amamos.

Esta transformación se hace insensiblemente por la complacencia, la cual, cuando entra en nuestros corazones, engendra otra para aquel de quien la hemos recibido. Así, a fuerza de complacerse en Dios, se hace el hombre conforme a Dios, y nuestra voluntad se transforma en la divina, por la complacencia que en ella siente. El amor —dice San Juan Crisóstomo— o encuentra o engendra la semejanza; el ejemplo de aquellos a quienes amamos ejerce un dulce e imperceptible imperio y una autoridad insensible sobre nosotros; es menester o dejarlos o imitarles. Con el placer que nuestro corazón recibe de la cosa amada, atrae hacia sí las cualidades de ésta, porque el deleite abre el corazón, como la tristeza lo encoge, por lo que la sagrada Escritura emplea, con frecuencia, la palabra dilatar en lugar de la palabra alegrar. Estando, pues, abierto el corazón por el placer, las impresiones que producen las cualidades de las cuales aquel depende penetran fácilmente en el espíritu, y con ellas también las otras dimanar del mismo objeto, las cuales, aunque no desagraden, no dejan empero de penetrar en nosotros mezcladas con el placer. Por esta causa, la santa compla-

cencia nos transforma en Dios, a quien amamos, y cuanto mayor es tanto más perfecta es la transformación. Así los santos que han amado mucho han sido rápida y perfectamente transformados, habiendo sido el amor el que ha transportado e introducido las costumbres y las cualidades de un corazón a otro.

Dice el gran Apóstol que *no se puso la ley para el justo*; porque, en verdad, el justo no es justo ser apremiado por el rigor de la ley, pues el amor es el doctor que más mueve, y que con más fuerza persuade al corazón que lo posee, a que obedezca a las voluntades e intenciones del amado.

II

De la conformidad de sumisión, que procede del amor de benevolencia

El amor de benevolencia nos lleva a rendir una total obediencia y sumisión a Dios, por propia elección e inclinación y aun por una suave violencia amorosa, al considerar la suma bondad, justicia y rectitud de la divina voluntad. ¿Acaso no vemos cómo una doncella, por libre elección que hace del amor de benevolencia, se sujeta a un esposo, al cual, por otra parte, no estaba en manera alguna obligada, y cómo un gentilhomme se somete al servicio de un príncipe extranjero o bien pone su voluntad en manos del superior de la comunidad religiosa en la cual ha ingresado?

De esta manera, pues, se realiza la conformidad de nuestro corazón con la voluntad de Dios, cuando ponemos todos nuestros afectos en manos de la divina voluntad, para que sean doblegados y manejados a su gusto, moldeados y formados según su beneplácito. Y en este punto consiste la profundísima obediencia del amor, la cual no tiene necesidad de ser movida por amenazas ni por recompensas, ni por ley ni mandato alguno, porque ella previene todo esto y se somete a Dios por la sola perfectísima bondad que hay en Él, por razón de la cual merece que toda voluntad le sea obediente, y le esté sujeta y sumisa, conformándose y uniéndose para siempre, en todo y por todo a las intenciones divinas.

III

Cómo debemos conformarnos con la divina voluntad, que llaman significada

Algunas veces consideramos la voluntad de Dios en sí misma, y al verla toda santa y toda buena, no es fácil alabarla, bendecirla y adorarla y sacrificar nuestra voluntad y todas las de las demás criaturas a su obediencia, por lo cual exclamamos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*². Otras veces, consideramos la voluntad de Dios en los acontecimientos que nos sobrevienen y en las consecuencias que de ellos se nos derivan, y, finalmente, en la declaración y en la manifestación de sus intenciones. Y, aunque es cierto que su divina Majestad sólo tiene una voluntad absolutamente única y simplicísima, con todo le damos diferentes nombres según la variedad de los medios por los cuales la conocemos; variedad según la cual estamos también diversamente obligados a conformarnos con ella.

La doctrina cristiana nos propone claramente las verdades que Dios quiere que creamos.

Ahora bien, como que esta voluntad de Dios significada procede a manera de deseo y no de un querer absoluto, podemos o bien seguirla obedeciendo o bien resistirle desobedeciendo, porque tres son los actos de la voluntad de Dios en este punto: quiere que podamos resistir, desea que no resistamos, y permite, sin embargo, que resistamos si queremos. El que podamos resistir depende de nuestra natural condición y libertad; el que no resistamos es conforme al deseo de la divina bondad. Luego, cuando resistimos, Dios en nada contribuye a nuestra desobediencia, sino que, *dejando* nuestra voluntad *en manos*³ de su libre albedrío, permite que elija el mal. Pero, cuando obedecemos, Dios contribuye con su auxilio, sus inspiraciones y su gracia. Porque la permisión es un acto de la voluntad que, de suyo, es estéril e infecundo y, por así decirlo, es un acto pasivo, que no hace nada, sino que deja de hacer. Al contrario, el deseo es un acto activo, fecundo, fértil, que excita, atrae y apremia. Por esta causa, al desear Dios que sigamos su voluntad significada, nos solicita, exhorta, incita, inspira, ayuda y socorre; pero, al permitir que resistamos, no hace otra cosa

que dejar que hagamos lo que queramos, según nuestra libre elección, contra su deseo e intención. Sin embargo, este deseo de Dios es un verdadero deseo, porque ¿cómo se puede expresar más ingenuamente el deseo de que un amigo coma bien, sino preparando un buen y excelente festín, como lo hizo aquel rey de la parábola evangélica; y después invitarle, instarle y casi obligarle, con ruegos, exhortaciones y apremios, a que vaya a sentarse a la mesa y a que coma? A la verdad, aquel que, a viva fuerza, abriera la boca de un amigo y le introdujera la comida en las fauces y se la hiciese tragar, no le daría un banquete de cortesía, sino que le trataría como a una bestia y como a un ave a la que se quiere cebar. Esta especie de beneficio quiere ser ofrecido por medio de invitaciones, ruegos y llamamientos, y no ejercido por la violencia y por la fuerza. Por esta razón, se hace a manera de deseo y no de querer absoluto. Pues bien, lo mismo ocurre con la voluntad de Dios significada, pues por ella quiere Dios, con verdadero deseo, que hagamos lo que Él nos manifiesta, y, para ello, nos da todo lo que se requiere, exhortándonos e instándonos a que lo empleemos. En esta clase de favores no se puede pedir más.

Luego, la conformidad de nuestro corazón con la voluntad de Dios significada consiste en que queramos todo lo que la divina bondad nos manifiesta como intención suya, de suerte que creamos según su doctrina, esperemos según sus promesas, temamos según sus amenazas, amemos y vivamos según sus mandatos y advertencias, a lo cual tienden las protestas que, con tanta frecuencia, hacemos durante las ceremonias litúrgicas. Porque, para esto, nos ponemos de pie mientras se lee el Evangelio, para dar a entender que estamos prestos a obedecer la santísima voluntad de Dios significada, contenida en él. Para esto besamos el libro, en el lugar del Evangelio, para adorar la santa palabra que nos da a conocer la voluntad celestial. Para esto, muchos santos y santas llevaban antiguamente el Evangelio escrito sobre sus pechos, como reconfortante, tal como se lee de Santa Cecilia, y tal como, de hecho, se encontró el de San Mateo sobre el corazón de San Bernabé difunto, escrito de su propia mano.

IV

De la conformidad de nuestra voluntad con la que Dios tiene de salvarnos

Dios nos ha manifestado de tantas maneras y por tantos medios que quiere que todos nos salvemos, que nadie lo puede ignorar. Con este intento nos hizo a su imagen y semejanza por la creación, y Él se hizo a nuestra imagen y semejanza por la encarnación, después de la cual padeció la muerte, para rescatar a toda la raza de los hombres y salvarla.

Y, aunque no todos se salven, esta voluntad no deja, empero, de ser una verdadera voluntad de Dios, que obra en nosotros según la condición de su naturaleza y de la nuestra; porque su bondad le mueve a comunicarnos generosamente los auxilios de su gracia, para que podamos llegar a la felicidad de su gloria, pero nuestra naturaleza requiere que su liberalidad nos deje en libertad para aprovecharnos de ellos y así salvarnos, o para despreciarlos y perdernos.

Ciertamente, sus *delicias consisten en estar entre los hijos de los hombres*⁴, para verter sus gracias sobre ellos. Nada es tan agradable y delicioso para las personas libres como el hacer su voluntad. *La voluntad de Dios es nuestras santificación*⁵, y nuestra salvación su beneplácito.

Todo el templo celestial de la Iglesia triunfante y de la militante resuena por todos lados con los cánticos y alabanzas de este dulce amor de Dios para con nosotros. Y el cuerpo sacratísimo del Salvador, como un templo santísimo de su divinidad, está todo adornado con las señales e insignias de esta benevolencia.

Debemos querer nuestra salvación tal como Dios la quiere; Él la quiere por manera de deseo; luego, debemos también nosotros quererla de conformidad con su deseo. Pero no solamente la quiere, sino que, además, nos da todos los medios necesarios para hacernos llegar a ella, y nosotros, como consecuencia de este deseo que tenemos de salvarnos, no sólo debemos quererla, sino también aceptar todas las gracias que nos tiene preparadas y que nos ofrece.

Pero acontece muchas veces que los medios para llegar a al-

canzar la salvación, considerados en conjunto y en general, son gratos a nuestro corazón, pero, en sus pormenores y en particular, le parecen espantosos. ¿No vemos, acaso, al pobre San Pedro dispuesto a recibir, en general, toda suerte de penas y aun la misma muerte para seguir a su Maestro? Y sin embargo, cuando llegó la ocasión, palideció, tembló y renegó de su Señor a la sola voz de una criada. Todos pensamos que podemos beber el cáliz de nuestro Señor juntamente con Él; pero cuando, en realidad, se nos ofrece, huimos y lo dejamos todo. Cuando las cosas se nos presentan en concreto, producen una impresión más fuerte e hieren más sensiblemente la imaginación. Por esta causa en la *Introducción de la Vida Devota* aconsejo que, en la santa oración, después de los afectos generales, se hagan resoluciones particulares. David aceptaba en particular las aflicciones como una preparación para la perfección, cuando cantaba: *Bien me está que me hayas humillado, para que aprenda tus justísimos preceptos*⁶. Así fueron los apóstoles, los cuales se gozaron en las tribulaciones, pues de ellas recibían el favor de *padecer ignominias* por el nombre de su Salvador⁷.

V

De la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios que nos es significada por sus mandamientos

Nunca es más agradable un presente que cuando nos lo hace un amigo. Los más suaves mandatos se hacen ásperos si un corazón tirano y cruel los impone, y nos parecen muy amables, cuando los dicta el amor. La servidumbre le parecía a Jacob un reinado, porque procedía del amor.

Muchos guardan los mandamientos como quien toma una medicina, a saber, más por temor de morir y condenarse que por el placer de vivir según el agrado de Dios.

Al contrario, el corazón enamorado ama los mandamientos, y cuanto más difíciles son, más dulces y agradables le parecen, porque así mejor complace al Amado y es mayor el honor que le tributa. Entonces *deja escapar* y canta himnos de alegría, *cuando* Dios le *enseña* sus mandamientos y sus *justificaciones*⁸.

De la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios significada por los consejos

Hay mucha diferencia entre el mandar y el recomendar. El que manda echa mano de la autoridad para obligar; el que recomienda usa de la amistad para mover y provocar. El mandamiento impone algo que es necesario; el consejo y la recomendación nos exhortan a lo que es de mayor utilidad. Al mandamiento corresponde la obediencia; al consejo, el asentimiento. Seguimos el consejo para complacer, y el mandamiento para no desagradar. Por esta causa, el amor de complacencia, que nos obliga a dar gusto al amado, nos lleva, por lo mismo, a la observancia de los consejos, y al amor de benevolencia, que quiere que todas las voluntades y todos los afectos le estén sujetos, hace que queramos no sólo lo que él ordena sino también lo que aconseja y aquello a lo cual nos exhorta, así como el amor y el respeto que un hijo fiel tiene a su buen padre, hace que se resuelva a vivir no sólo según los mandatos que impone, sino también según los deseos y las inclinaciones que manifiesta.

El consejo se da en beneficio de aquel a quien se aconseja, a fin de que sea perfecto. *Si quieres ser perfecto* —dice el Salvador—, *ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme*⁹.

Pero el corazón amante no recibe el consejo para su utilidad, sino para conformarse con el deseo del que aconseja y para rendir el homenaje que es debido a su voluntad. Por lo mismo, no guarda los consejos sino en la medida que Dios quiere, y Dios no quiere que cada uno los observe todos, sino tan sólo aquellos que son convenientes, según la diversidad de personas, de tiempo, de ocasiones y de fuerzas, tal como la caridad lo requiere; porque es ésta la que, como reina de todas las virtudes, de todos los mandamientos, de todos los consejos y, en una palabra, de todas las leyes y de todos los actos del cristiano, da a todas estas cosas la categoría, el orden, la oportunidad y el valor.

Si tu padre o tu madre tienen verdadera necesidad de tu ayuda para vivir, no es entonces la ocasión de poner en práctica el consejo de retirarte a un monasterio, porque la caridad ordena que cum-

plas el mandamiento de honrar, servir y socorrer a tu padre y a tu madre. Eres un príncipe, por cuyos descendientes los súbditos de la corona han de ser conservados en paz y asegurados contra la tiranía, las sediciones y las guerras civiles; no hay duda que un bien tan grande te obliga a procurarte, por un santo matrimonio, legítimos sucesores. No es perder la castidad o, a lo menos, es perderla castamente, el sacrificarla en aras del bien público, en obsequio de la caridad. ¿Tienes una salud floja e inconsciente, que tiene necesidad de grandes cuidados? No practiques voluntariamente la pobreza efectiva, porque la caridad no sólo no permite a los padres de familia venderlo todo para darlo a los pobres, sino que les manda reunir honradamente lo que es menester para la educación y el sustento de la esposa, de los hijos y de los criados; como también obliga a los reyes y a los príncipes a acumular tesoros, los cuales, adquiridos mediante justas economías, y no por tiránicos procedimientos, sirvan como de saludable preservativo contra los enemigos visibles. ¿Acaso no aconseja San Pablo a los casados que, transcurrido el tiempo de la oración, vuelvan al tren de vida ordenado de los deberes conyugales?¹⁰.

Todos los consejos han sido dados para la perfección del pueblo cristiano, mas no para la perfección de cada cristiano en particular. Hay circunstancias que los hacen unas veces imposibles, otras inútiles, otras peligrosos, otras dañosos, por lo cual nuestro Señor dice de uno de estos consejos lo que quiere que se entienda de todos: *Quien pueda tomarlo que lo tome*¹¹, como si dijera, según lo expone San Jerónimo: quien pueda ganar y llevarse el honor de la castidad, como premio de su reputación, que lo tome, pues es el premio propuesto a los que corren denodadamente. Luego, no todos pueden, o mejor dicho, no es conveniente a todos la guarda de todos los consejos, pues, habiendo sido dados en favor de la caridad, ha de ser ésta la regla y la medida que hemos de seguir en la práctica de los mismos.

Así, pues, cuando la caridad lo ordena, se sacan los monjes y los religiosos de los claustros, para hacerlos cardenales, prelados y párrocos, y hasta para que contraigan matrimonio para la quietud de los reinos, según hemos dicho más arriba y según ha ocurrido algunas veces. Ahora bien, si la caridad obliga a salir de los claustros a los que, por voto solemne, están ligados con ellos, con mu-

cha mayor razón y por un motivo de menor importancia se puede, por la autoridad de esta misma caridad, aconsejar a muchos que permanezcan en sus casas, que conserven sus bienes, que se casen, y hasta que tomen las armas y vayan a la guerra, a pesar de ser una profesión tan peligrosa.

Ahora bien, cuando la caridad induce a unos a la práctica de la pobreza, y aparta de ella a otros; cuando encamina a unos hacia el matrimonio y a otros hacia la continencia; cuando encierra a unos en un claustro y saca de él a otros, no tiene necesidad de dar explicaciones a nadie; porque ella, en la ley cristiana, tiene la plenitud del poder, según está escrito: *La caridad todo lo puede*¹². Ella posee el colmo de la prudencia, según se dijo: *La caridad nada hace en vano*¹³. Y, si alguno quiere preguntarle por qué obra así, podrá responder osadamente; *Porque el Señor tiene necesidad de ello*¹⁴. Todo se hace por la caridad, y la caridad todo lo hace por Dios; todo ha de servir a la caridad, más ella no ha de estar al servicio de nadie, ni siquiera de su amado, del cual no es sierva, sino esposa. Por esto es ella la que ha de regular la práctica de los consejos; porque a unos les ordenará la castidad, y no la pobreza; a otros la obediencia, y no la castidad; a otros el ayuno, y no la limosna; a otros la limosna, y no el ayuno; a unos la soledad; a otros el ministerio pastoral; a unos la conversación; a otros la soledad. En resumen, la caridad es una agua sagrada que fecunda el jardín de la Iglesia, y aunque es incolora, cada una de las flores que hace crecer tiene su color diferente. Ella produce mártires, más rojos que la rosa; vírgenes más blancas que el lirio; a unos les comunica el fino morado de la mortificación; a otros el amarillo de los cuidados del matrimonio, valiéndose de los diversos consejos para la perfección de las almas, tan felices de vivir bajo su mando.

VII

Que el amor a la voluntad de Dios significada en los mandamientos nos lleva al amor de los consejos

El alma que ama a Dios, de tal manera queda transformada en su santísima voluntad, que más bien merece ser llamada voluntad

de Dios, que obediente o sujeta a la voluntad divina, por lo cual dice Dios por Isaías que llamará a la Iglesia cristiana *con su nombre nuevo que pronunciará el Señor con su propia boca*¹⁵, y lo marcará y grabará en el corazón de sus fieles, y este nombre será *Mi voluntad en ella*, como si dijera que, entre los que no son cristianos, cada uno tiene su voluntad propia dentro de su corazón; pero, entre los verdaderos hijos del Salvador, cada uno dejará su propia voluntad y no habrá más que una sola voluntad dueña, rectora y universal, que animará, gobernará y dirigirá todas las almas, todos los corazones, todas las voluntades, y el nombre de honor de los cristianos no será otro que *la voluntad de Dios en ellos*, voluntad que reinará sobre todas las voluntades y las transformará todas en sí misma, de suerte que la voluntad de los cristianos y la voluntad de Dios no serán más que una sola voluntad. Lo cual se realizó perfectamente en la primitiva Iglesia, cuando, como dice el glorioso San Lucas, *en la multitud de los creyentes no había más que un solo corazón y una sola alma*¹⁶. Cuando el espíritu se rebela, quiere que su corazón sea dueño de sí mismo y que su propia voluntad sea soberana como la de Dios. Y no quiere que la voluntad divina reine sobre la suya, sino que quiere ser dueño absoluto y no depender de nadie. ¡Oh Señor eterno, no lo permitáis, antes haced que *jamás se cumpla mi voluntad, sino la vuestra*¹⁷.

Cuando nuestro amor a la voluntad de Dios ha llegado ya al colmo, no nos contentamos con hacer solamente la voluntad divina, significada en los mandamientos, sino que, además, nos sometemos a la obediencia de los consejos, los cuales no se nos dan sino para que observemos más perfectamente los mandamientos a los cuales también se refieren.

El Señor, durante su vida en este mundo, dio a conocer su voluntad, en muchas cosas, por manera de mandato, y, en muchas otras, la significó tan sólo por manera de deseo; porque alabó mucho la castidad, la pobreza, la obediencia y la resignación perfecta, la abnegación de la propia voluntad, la viudez, el ayuno, la oración ordinaria, y lo que dijo de la castidad, a saber, que el que pudiese obtener el premio, que lo tomase, lo dijo también de todos los demás consejos. Ante este deseo, los cristianos más animosos han puesto manos a la obra, y, venciendo todas las resistencias, todas las concupiscencias y todas las dificultades, han llegado a alcan-

zar la perfección y se han sujetado a la estrecha observancia de los deseos de su Rey, obteniendo, por este medio, la corona de la gloria.

Dios no sólo escucha la oración de sus fieles, sino también sus solos deseos y la sola preparación de sus corazones para orar; tan favorable es y tan propicio a hacer la voluntad de los que le aman. ¿Por qué, pues, no hemos de ser nosotros recíprocamente celosos de seguir la santa voluntad de nuestro Señor, de suerte que no sólo hagamos lo que manda, sino también lo que da a entender que le agrada y desea? Las almas nobles, para abrazar un designio, no tienen necesidad de otro motivo que el saber que su Amado lo desea.

VIII

Que el desprecio de los consejos evangélicos es un gran pecado

Las palabras con las cuales nuestro Señor nos exhorta a desear la perfección y a tender a ella son tan enérgicas y apremiantes, que no es posible disimular la obligación que nos incumbe de comprometernos a realizar este intento. *Sed santos* —dice— *puesto que Yo soy santo*¹⁸. *El que es justo justifíquese más y más, y el santo más y más se santifique*¹⁹. *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*²⁰.

Las virtudes no poseen su cabal medida y suficiencia hasta que engendran, en nosotros, deseos de hacer progresos, que, como semillas espirituales, sirven para la producción de nuevos actos de virtud. Y la virtud que no posee el grano o la pepita de estos deseos, no se encuentra en el grado debido de su suficiencia y madurez. Nada, a la verdad, es estable y fijo en este mundo, pero del hombre se ha dicho de una manera más particular que *jamás permanece en un mismo estado*²¹. Es, pues, necesario que adelante o que vuelva atrás.

No digo que sea pecado el no practicar los consejos. No lo es, ciertamente, porque en esto estriba la diferencia entre el mandamiento y el consejo, en que el mandamiento obliga bajo pena de pecado y el consejo nos invita sin penas de pecado. Digo, con todo,

que es un gran pecado despreciar el deseo de la perfección cristiana, y más aún despreciar la invitación por la cual nuestro Señor nos llama a ella, y es una impiedad intolerable despreciar los consejos y los medios que nuestro Señor nos indica para alcanzarla.

Se puede, sin pecado, no seguir los consejos, debido a tener puesto el afecto en otras cosas, por ejemplo se puede no vender lo que se posee y no darlo a los pobres por falta de valor para una renuncia tan grande. Puede uno casarse por amor a una mujer o por no tener la fuerza que se requiere para emprender la guerra contra la carne. Pero hacer expresa profesión de no seguir ni uno solo de los consejos, esto no se puede hacer, sin que redunde en desprecio de quien los ha dado. No seguir el consejo de guardar la virginidad para casarse, no es una cosa mala; pero casarse, por preferir el matrimonio a la castidad, tal como lo hacen los herejes, es un gran desprecio del consejero o del consejo. Beber vino contra el parecer del médico, cuando uno se siente vencido por la sed o por la ilusión de beber, no es, propiamente, despreciar al médico ni su consejo, pero decir: no quiero seguir el parecer del médico, no puede ser sino efecto de la poca estima en que se le tiene. Ahora bien, entre los hombres, es posible despreciar sus consejos sin despreciar a los que los dan, porque no es despreciar a un hombre creer que se ha equivocado. Pero, cuando se trata de Dios, no aceptar su consejo y despreciarlo, no puede ser sino efecto de estimar que no ha aconsejado bien, lo cual no se puede pensar sin espíritu de blasfemia, ya que ello equivale a suponer que Dios no es suficientemente bueno para querer o aconsejar bien. Lo mismo se diga de los consejos de la Iglesia, la cual, por razón de la continua asistencia del Espíritu Santo, que la ilustra y la guía por el camino de la verdad, nunca puede dar un mal consejo.

IX

Prosigue el discurso precedente. Cómo todos deben amar, aunque no practicar, todos los consejos evangélicos, y cómo, a pesar de ello, debe cada uno practicar los que puede

Aunque cada cristiano, en particular, no puede ni debe practi-

car todos los consejos, está, empero, obligado a amarlos, porque todos son buenos.

Alegrémonos cuando veamos que otras personas emprenden el camino de los consejos que nosotros no debemos o no podemos practicar; roguemos por ellos, bendigámosles, favorezcámosles y ayudémosles, porque la caridad nos obliga a amar no sólo lo que es bueno para nosotros, sino también lo que es bueno para el prójimo.

Daremos suficientes pruebas de que amamos todos los consejos, cuando observemos devotamente los que son conformes con nuestra manera de ser; porque, así como el que cree un artículo de fe, por haberlo Dios revelado con su palabra, anunciada y declarada por la Iglesia, no puede dejar de creer los demás, y el que observa un mandamiento, por verdadero amor de Dios, está presto a observar los demás, cuando se ofrezca la ocasión, asimismo el que ama y aprecia un consejo evangélico, porque Dios lo ha dado, no puede dejar de apreciar los demás, pues son todos de Dios. Ahora bien, nosotros podemos fácilmente practicar algunos, aunque no todos a la vez, porque Dios ha dado muchos, para que cada uno pueda observar algunos y para que no haya día en el cual no se ofrezca alguna ocasión de practicarlos.

Exige la caridad que, para ayudar a vuestro padre o a vuestra madre, viváis con ellos; pero, sin embargo, conservad el amor y la afición al retiro y no tengáis puesto el corazón en la casa paterna, sino en la medida necesaria para hacer en ella lo que la caridad requiere. No es conveniente, por causa de vuestro estado, que guardéis una castidad perfecta; guardad, empero, a lo menos, la que, sin faltar a la caridad, os sea posible guardar. El que no pueda hacerlo todo, que haga alguna parte. No estáis obligados a ir en pos del que os ha ofendido, porque es él quien ha de volver sobre sí y ha de acudir a vosotros para daros satisfacción, pues, de él ha procedido la injuria y el ultraje; pero haced lo que el Salvador os aconseja: adelantaos a hacerle bien, devolvedle bien por mal: echad *sobre su cabeza* y sobre su corazón *ascuas encendidas*²² de caridad, que todo lo abrasen y le fuercen a amaros. No estáis obligados por el rigor de la ley a dar limosna a todos los pobres que encontréis, sino tan sólo a los que tengan de ella gran necesidad; pero, según el consejo del Salvador, no dejéis de dar a todos los indigentes que os salgan al paso, en cuanto vuestra condición y vuestras verdaderas

necesidades lo permitan. Tampoco estáis obligados a hacer ningún voto, pero haced, con todo, algunos, los que vuestro padre espiritual juzgue a propósito para vuestro adelantamiento en el amor divino. Podéis libremente beber vino dentro de los límites de la templanza; pero, según el consejo de San Pablo a Timoteo, bebed tan sólo el que fuere menester para entonar vuestro estómago.

Hay en los consejos diversos grados de perfección. Prestar a los pobres, fuera de los casos de extrema necesidad, es el primer grado del consejo de la limosna, el dar la propia persona, consagrándola al servicio de los pobres. Visitar a los enfermos, que no lo están de extrema gravedad, es un acto muy laudable de caridad; servirles es aún mejor; pero dedicarse a su servicio, es lo más excelente de este consejo, que los clérigos de la Visitación de enfermos practican, en virtud de su propio instituto, como también muchas señoras, a imitación de aquel gran santo, Sansón, noble y médico romano, el cual, en la ciudad de Constantinopla, donde fue sacerdote, se dedicó enteramente, con admirable caridad, al servicio de los enfermos, en un hospital que comenzó a construir allí, y que levantó y terminó el emperador Justiniano; y a imitación, asimismo, de las santas Catalina de Sena y de Génova, de Isabel de Hungría y de los gloriosos amigos de Dios, San Francisco e Ignacio de Loyola, que, en los comienzos de sus Religiones, practicaron estos ejercicios con un ardor y un provecho espiritual incomparable.

La perfección de las virtudes tiene cierta extensión, y, por lo regular, no estamos obligados a practicarlas hasta el grado máximo de su excelencia; basta que penetremos en este ejercicio tanto cuanto sea necesario para que nos hallemos en él. Pero pasar más adelante y avanzar más lejos en la perfección es un consejo; los actos heroicos de las virtudes no están ordinariamente mandados, sino tan sólo aconsejados.

Pues bien, la perfecta imitación del Salvador consiste en la práctica de los actos heroicos de virtud, y el Salvador, como dice Santo Tomás tuvo, desde el primer instante de su concepción todas las virtudes en grado heroico, y, por mejor decir, más que heroico, pues no era simplemente más que hombre sino infinitamente más hombre, es decir, verdadero Dios.

Cómo nos hemos de conformar con la voluntad divina significada por las inspiraciones, y, en primer lugar, de la variedad de medios por los cuales Dios nos inspira

La inspiración es un rayo celestial, que lleva a nuestros corazones una luz cálida, la cual nos hace ver el bien y nos enardece para buscarlo con fervor. Sin la inspiración, nuestras almas vivirían perezosamente, impedidas e inútiles; pero, al llegar los divinos rayos de la inspiración, sentimos la presencia de una luz mezclada de un calor que da vida, la cual ilumina nuestro entendimiento, despierta y alienta nuestra voluntad y le da fuerzas para querer y hacer el bien que se requiere para nuestra eterna salvación. Dios alienta e inspira en nosotros los deseos y las intenciones de su amor.

Los medios para inspirar, de los cuales se vale son infinitos. San Antonio, San Francisco, San Anselmo y otros mil, recibían con frecuencia las inspiraciones por la vista de las criaturas. El medio ordinario es la predicación; pero, algunas veces, aquellos a quienes la palabra no aprovecha son instruidos por las tribulaciones, según el decir del profeta: *La aflicción dará inteligencia al oído*²³, o sea, los que, al oír las amenazas del cielo sobre los malos, no se enmiendan, aprenderán la verdad por los acontecimientos y los hechos y llegarán a ser cuerdos mediante la aflicción. Santa María Egipciaca se sintió inspirada al ver una imagen de Nuestra Señora; San Antonio, al oír el Evangelio que se lee en la misa; San Agustín, al oír contar la vida de San Antonio; el duque de Gandía, al contemplar el cadáver de la emperatriz difunta; San Pacomio, ante un ejemplo de caridad; San Ignacio de Loyola, con la lectura de las vidas de los santos.

Cuando yo era joven, en París, dos estudiantes, uno de los cuales era hereje, pasaban una noche por el arrabal de Saint Jacques, en una francachela, cuando oyeron el toque de maitines de los cartujos. Preguntó el hereje a su compañero cuál era el motivo de ello, y explicóle éste con qué devoción se celebraban los divinos oficios en aquel monasterio. ¡Dios mío —exclamó— qué diferentes del nuestro el ejercicio de estos religiosos! ellos hacen el oficio de los ángeles y nosotros el de los brutos animales, y, querien-

do ver por experiencia, el día siguiente, lo que sabía por el relato de su compañero, encontró a aquellos padres en sus asientos del coro, colocados como estatuas de mármol, inmóviles, en una serie de nichos, sin pensar en otra cosa que en la salmodia, que recitaban con una atención y una devoción verdaderamente angélicas, según la costumbre de esta santa orden; tanto, que aquel pobre joven, arrebatado por la admiración, fue presa de una gran consolación, al ver a Dios tan bien adorado entre los católicos, y tomó la resolución, como lo hizo más tarde, de ingresar en el seno de la Iglesia, verdadera y única esposa de Aquel que le había visitado con su inspiración, en el mismo lugar infame y abominable en que estaba.

Las almas que no se limitan a hacer lo que por medio de los mandamientos y de los consejos exige de ellas el divino Esposo, sino que, además, están prontas para seguir las santas inspiraciones, son las que el Padre celestial tiene dispuestas para ser esposas de su Hijo muy amado.

XI

De la unión de nuestra voluntad con la de Dios en las inspiraciones que se nos dan para la práctica extraordinaria de las virtudes, y de la perseverancia en la vocación, primera señal de la inspiración.

Hay inspiraciones que tienden tan sólo a una extraordinaria perfección de los ejercicios ordinarios de la vida cristiana. La caridad con los pobres es un ejercicio ordinario de los verdaderos cristianos, pero ejercicio ordinario que fue practicado con extraordinaria perfección por San Francisco y por Santa Catalina de Sena, cuando llegaron a lamer y a chupar las úlceras de los leprosos y de los cancerosos, y por el glorioso San Luis, cuando servía de rodillas y con la cabeza descubierta a los enfermos, lo cual llenó de admiración a un abad del Cister, que le vio manejar y cuidar en esta postura a un desgraciado enfermo lleno de úlceras horribles y cancerosas. Y también era una práctica bien extraordinaria de este santo, la de servir a la mesa a los pobres más viles y abyectos y comer las sobras de sus escudillas.

El gran Santo Tomás es del parecer de que no conviene consultar mucho ni deliberar largamente sobre la inclinación que podamos sentir a entrar en alguna bien constituida Religión, y da la razón de ello: porque apareciendo el estado religioso aconsejado por nuestro Señor, en el Evangelio, ¿qué necesidad hay de muchas consultas? Basta hacer una buena a pocas personas que sean prudentes y capaces de aconsejar en este negocio, y que puedan ayudarnos a tomar una rápida y sólida resolución. Pero, una vez hemos deliberado y nos hemos resuelto en esta materia, como en todas las que se refieren al servicio de Dios, es menester que permanezcamos firmes e invariables, sin dejarnos conmover por ninguna clase de apariencias de un mayor bien, porque, como dice el glorioso San Bernardo, el espíritu maligno, para distraernos de acabar una obra buena, nos propone otra que parece mejor, y, una vez hemos comenzado ésta, nos presenta una tercera, contentándose con que empecemos muchas veces, con tal que nada llevemos a buen fin. Tampoco conviene pasar de una comunidad religiosa a otra sin motivos de mucho peso, dice Santo Tomás.

Es necesario que vayamos a donde la inspiración nos impele, sin cambiar de rumbo ni volver atrás, sino marchando hacia donde Dios ha vuelto su rostro, sin mudar de parecer. El que anda por el buen camino, se salva. Pero sucede, a veces, que se deja lo bueno para buscar lo mejor, y, al dejar el uno, no se encuentra el otro. Vale más la posesión de un pequeño tesoro encontrado, que el deseo de otro mayor que aún se ha de buscar.

Es sospechosa la inspiración que nos inclina a dejar un bien presente, para andar a caza de otro mejor, pero futuro. Un joven portugués, llamado Francisco Bassus, era admirable no sólo en la divina elocuencia, sino también en la práctica de las virtudes, bajo la dirección del bienaventurado Felipe Neri, en su congregación del Oratorio, en Roma. Ahora bien, creyó que se sentía inspirado a dejar esta santa asociación, para ingresar en una orden religiosa propiamente dicha, y, al fin, resolvióse a hacerlo. Pero el bienaventurado Felipe, que asistió a su recepción en la orden de Santo Domingo, lloraba amargamente. Habiéndole preguntado Francisco María Tauruse, que después fue arzobispo de Sena y cardenal, por qué derramaba tantas lágrimas: Lamento —dijo— la pérdida de tantas virtudes. En efecto, aquel joven tan excelentemente jui-

cioso y devoto en la congregación del Oratorio, en cuanto entró en religión fue tan inconstante y voluble, que, agitado por diversos deseos de novedades y de mudanzas, dio después grandes y enojosos escándalos.

Así nuestro enemigo, al ver que un hombre, inspirado por Dios, emprende una profesión o un método de vida apropiado a su avance en el amor celestial, le persuade que emprenda otro camino, de mayor perfección, en apariencia, y, después de haberle desviado del primero, poco a poco le hace imposible la marcha por el segundo, y le propone un tercero, para que ocupándole en la busca continua de diversos y nuevos medios de perfección, le impida emplear alguno y, por consiguiente, llegar al fin por el cual los había buscado, que es la perfección. Habiendo, pues, cada uno encontrado la voluntad de Dios, en su vocación, procure permanecer santa y amorosamente en ella, y practicar los ejercicios propios de la misma, según el orden de la prudencia y con el debido celo de la perfección.

XII

De la unión de la voluntad humana con la de Dios en las inspiraciones que van contra las leyes ordinarias, y de la paz y dulzura de corazón, segunda señal de la inspiración

De esta manera, pues, conviene proceder en las inspiraciones que no son extraordinarias, sino tan sólo en cuanto nos mueven a practicar con extraordinario fervor y perfección los ejercicios ordinarios del cristiano. Pero hay otras inspiraciones, que se llaman extraordinarias, no sólo porque hacen que el alma adelante más allá del paso ordinario, sino también porque la llevan a realizar acciones contrarias a las leyes, reglas y costumbres comunes de la santa Iglesia, y, por lo tanto, son más admirables que imitables. Un joven dio un puntapié a su madre, y, herido de un vivo arrepentimiento, fue a confesarse con San Antonio de Padua, el cual, para imprimir en su alma el horror de su pecado, le dijo, entre otras cosas: Hijo mío, el pie que ha servido de instrumento a tu malicia merecería ser cortado; lo cual tomó el joven tan en serio, que, de

regreso a casa de su madre, arrebatado de un vivo sentimiento de contrición, se cortó el pie. Las palabras del santo no hubieran tenido tanta fuerza, según su alcance ordinario, si Dios no hubiese añadido su inspiración, pero inspiración tan extraordinaria, que hubiera podido ser tenida por tentación, obrado por la bendición del santo, no la hubiese autorizado.

Una de las mejores señales de la bondad de todas las inspiraciones, y, particularmente, de las extraordinarias, es la paz y la tranquilidad en el corazón que las recibe; porque el divino espíritu es, en verdad, violento, pero con violencia dulce, suave y apacible. Se presenta como un *viento impetuoso*²⁴ y como un rayo celestial, pero no derriba ni turba a los apóstoles; el espanto que su ruido causa en ellos es momentáneo y va inmediatamente acompañado de una dulce seguridad. Por esto su fuego *se sienta sobre cada uno de ellos*²⁵, como tomando allí, y dando a la vez, un santo reposo; y, así como el Salvador es llamado apacible o pacífico Salomón, su esposa es llamada Sulamitis, tranquila, e hija de la paz; y la voz, es decir, la inspiración del Esposo, no la agita ni la turba en modo alguno, sino que, antes bien, la atrae con tanta suavidad que la hace dulcemente derretirse y produce como una transfusión de su alma en Él. *Mi alma* —dice ella— *se ha derretido cuando ha hablado mi Amado*²⁶. Y aunque ella sea belicosa y guerrera, es, a la vez, de tal manera apacible²⁷, que, en medio de los ejércitos y de las batallas, prosigue en sus acordes de una melodía sin igual. *¿Qué veréis* —dice— *en la Sulamitis, sino los coros de los ejércitos?* Sus ejércitos son coros, es decir, conciertos de cantores, y sus coros son ejércitos, porque las armas de la Iglesia y las del alma devota no son otra cosa que las oraciones, los himnos, los cantos y los salmos. Así, los siervos de Dios que han sentido las más altas y sublimes inspiraciones han sido los más dulces y los más apacibles del universo: Abraham, Isaac y Jacob. Moisés es calificado como el *más suave de todos los hombres*²⁸; David es recomendado por su mansedumbre.

Al contrario, el maligno espíritu es turbulento, áspero, inquieto, y los que siguen sus sugerencias infernales, creyéndolas inspiraciones del cielo, son fáciles de conocer, porque son turbulentos, testarudos, arrogantes; emprenden y revuelven muchos negocios; todo lo trastornan de arriba a abajo, so pretexto de celo; censuran a

todo el mundo, reprenden, lo critican todo: personas sin norte, sin condescendencia, nada soportan, y ponen en juego las pasiones del amor propio, bajo el nombre de celo por honor divino.

XIII

Tercera señal de la inspiración, que es la santa obediencia a la Iglesia y a los superiores

A la paz y a la dulzura del corazón está inseparablemente unida la santa virtud de la humildad. Mas no llamo humildad al ceremonioso conjunto de palabras, ademanes, besar el suelo, reverencias, inclinaciones, cuando se hacen, como ocurre con frecuencia, sin ningún sentimiento interior de la propia abyección y del justo aprecio del prójimo. Todo esto no es más que un vano pasatiempo de los espíritus débiles, y más bien se ha de llamar fantasma de humildad que humildad verdadera.

Hablo de una humildad noble, real, jugosa, sólida, que nos haga suaves en la corrección, manejables y prontos en la obediencia. Cuando el incomparable Simeón Estilita era todavía novicio en Thelede²⁹, se hizo inflexible al parecer de los superiores, que querían impedirle la práctica de sus extraños rigores, con los que se ensañaba desordenadamente en sí mismo; y llegó la cosa al punto de ser despedido del monasterio, como poco asequible a la mortificación del corazón y excesivamente dado a la del cuerpo. Pero habiendo sido después llamado de nuevo y hecho más devoto y prudente en la vida espiritual, se portó de otra manera, como lo prueba el siguiente hecho. Porque, cuando los eremitas de los desiertos vecinos a Antioquía tuvieron noticia de la vida extraordinaria que llevaba sobre su columna, en la cual parecía un ángel terreno o un hombre celestial, le enviaron un mensajero, escogido entre ellos, al cual dieron la orden de que le dijese en nombre de todos: «¿Por qué, Simeón, dejas el camino real de la vida devota, trillado por tantos y tan grandes santos, que en él nos han precedido, y sigues otro desconocido de los hombres y tan alejado de todo cuanto se ha visto y oído hasta ahora? Deja esta columna y confórmate, como todos los demás, con la manera de vivir y con el méto-

do de servir a Dios empleado por los buenos padres, predecesores nuestros». Dieron también al mensajero la orden de que, si Simeón se sujetaba a su parecer y, para condescender con sus deseos, se mostraba dispuesto a bajar de la columna, le dejase en libertad para perseverar en aquel género de vida, que ya había comenzado, pues, por su obediencia —decían aquellos buenos padres— se podrá conocer que ha emprendido esta manera de vida por inspiración divina; pero que, si, al contrario, resistía y, despreciando sus exhortaciones, quería seguir su propia voluntad, que lo sacase de allí por la fuerza y le obligase a dejar la columna. Habiendo llegado el mensajero a la columna, no había aún puesto fin a su embajada, cuando el gran Simeón, sin demora, sin reservas, sin réplica alguna, se dispuso a bajar con una obediencia y una humildad dignas de su rara santidad. Al verlo el mensajero, detente —le dijo— permanece aquí, persevera en este lugar constantemente, ten buen ánimo y prosigue con valor en tu empresa: tu vida en esta columna es cosa de Dios».

Ved como aquellos antiguos y santos anacoretas, reunidos en asamblea general, no encontraron señal más segura de la inspiración celestial, en una cosa tan extraordinaria como lo fue la vida de aquel gran Estilita, que el verle sencillo, dulce y amable, bajo las leyes de la santa obediencia. Dios, por su parte, bendiciendo la sumisión de aquel gran hombre, le concedió la gracia de perseverar durante treinta años enteros sobre una columna de treinta y seis codos de altura, después de haber estado siete años sobre otras columnas de seis, de doce y de veinte pies, y diez sobre la punta de una roca, en el lugar llamado Mandra³⁰. De esta manera, esta ave del Paraíso, viviendo en el aire, sin tocar el suelo, dio un espectáculo de amor a los ángeles y de admiración a los hombres. Todo es seguro en la obediencia, y todo es sospechoso fuera de ella.

Cuando Dios envía sus inspiraciones a un corazón, la primera que deja sentir es la de la obediencia. El que dice que está inspirado y se niega a obedecer a los superiores y a seguir su parecer, es un impostor. Todos los profetas y todos los predicadores que han sido inspirados por Dios, han amado siempre a la Iglesia, se han sujetado a su doctrina, siempre han recibido su aprobación, y nada han anunciado con tanta energía como esta verdad: *En los labios del sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia, y de su boca se ha*

*de aprender la ley*³¹. De suerte que las misiones extraordinarias son ilusiones diabólicas, y no inspiraciones celestiales, si no están reconocidas y aprobadas por los pastores, cuya misión es ordinaria, porque así se ponen de acuerdo Moisés y los profetas. Santo Domingo, San Francisco, y los demás padres de las órdenes religiosas, se consagraron al servicio de las almas por una inspiración extraordinaria, pero vivieron humilde y cordialmente sumisos a la sagrada jerarquía de la Iglesia.

Resumiendo, las tres mejores y más seguras señales de las legítimas inspiraciones, son la perseverancia, contra la inconstancia y la ligereza, la paz y la dulzura del corazón, contra las inquietudes y las prisas, y la humilde obediencia, contra la terquedad y la arrogancia.

XIV

Breve método para conocer la voluntad de Dios

San Basilio dice que la voluntad de Dios se nos manifiesta por sus preceptos o mandamientos, y que entonces no hay que deliberar, porque es menester hacer simplemente lo que está mandado; pero que, en cuanto lo demás, queda a nuestra libertad el escoger, a nuestro arbitrio, lo que mejor nos pareciere, aunque no es necesario hacer todo lo que es posible, sino tan sólo lo que es conveniente, y, finalmente, que para discernir bien lo que conviene, hay que escuchar el parecer de un prudente padre espiritual.

La elección de estado, el plan de un negocio de graves consecuencias, de alguna empresa de grandes alientos o de algún dispendio de mucha monta, el cambio de residencia, el tema de una entrevista y otras cosas parecidas, merecen que se considere seriamente qué es más conforme con la voluntad divina; pero, en las obras menudas de cada día, las cuales tienen tan poca importancia, que aún el dejarlas de hacer no es cosa irreparable ni que acarree consecuencias, ¿qué necesidad hay de andar atareado, solícito y embarazado en consultas importunas? ¿A qué viene fatigarse en averiguar si Dios prefiere que rece el rosario o el oficio de Nuestra Señora, cuando es tan poca la diferencia que se echa de ver

entre el uno y el otro, que ni siquiera es menester examinarlo; o si gusta más de que vaya al hospital, a visitar a los enfermos, que a vísperas, o a sermón, o a una iglesia donde se ganan indulgencias? Por lo regular, ninguna de estas cosas aventaja tanto a las otras, que se requiera una larga deliberación acerca de ellas. En estos trances, es menester proceder con buena fe y no andar con sutilezas, hacer con libertad lo que bien nos parezca, para no dar lugar a que nuestro espíritu pierda el tiempo y se ponga en peligro de inquietud, escrúpulo y superstición. Ahora bien, lo dicho siempre se ha de entender de los casos en que no hay gran desproporción entre una obra y la otra y no aparecen circunstancias notables en favor de una de las partes.

En las cosas de importancia, hemos de ser muy humildes y no hemos de pensar que hallaremos la voluntad de Dios a fuerza de examen y de discursos sutiles. Después de haber pedido luz al Espíritu Santo, de haber aplicado nuestra consideración al conocimiento de su beneplácito, tomado consejo de nuestro director y, si el caso se ofreciere, de otras dos o tres personas espirituales, hay que resolverse y decidirse, en nombre de Dios, sin que convenga poner, después, en duda nuestra elección, sino que es menester cultivarla y sostenerla con devoción, apacibilidad y constancia. Y, aunque las dificultades, tentaciones y diversidad de acontecimientos, que encontremos en la ejecución de nuestros designios, puedan infundirnos cierta desconfianza acerca de la buena elección, debemos, empero, permanecer firmes y no poner la atención en esto, sino que hemos de considerar que, si hubiésemos hecho otra elección, tal vez estaríamos cien veces peor; aparte de que no sabemos si quiere Dios que seamos ejercitados en la consolación o en la tribulación, en la paz o en la guerra. Una vez tomada santamente la resolución, no hemos de dudar de la santidad de la ejecución, porque, si por nosotros no queda, no puede ella faltar. Obrar de otra manera, es señal de mucho amor propio o de puerilidad, de flaqueza o necesidad de espíritu.

LIBRO NOVENO

Del amor de sumisión, por el cual nuestra voluntad se une al beneplácito de Dios

I

De la unión de nuestra voluntad con la voluntad divina, que se llama voluntad de beneplácito

Fuera del pecado, nada se hace sino por la voluntad de Dios llamada absoluta y de beneplácito, voluntad que nadie puede impedir y que sólo se conoce por sus efectos, los cuales, una vez se han producido, nos manifiestan que Dios los ha querido y dispuesto.

Hemos de sentir, una suma complacencia, al ver cómo Dios ejercita su misericordia por medio de diversos favores, que distribuye entre los ángeles y entre los hombres, en el cielo y en la tierra, y cómo practica su justicia por una infinita variedad de penas y de castigos; porque su justicia y su misericordia son igualmente amables y admirables en sí mismas, pues una y otra no son más que una misma y absolutamente única bondad y divinidad. Mas, porque los efectos de su justicia son ásperos y llenos de amargura, los endulza siempre, mezclándolos con los de su misericordia, y hace que, en medio de las aguas del diluvio de su justa indignación, se conserve el verde olivo, y que el alma devota, como una casta paloma, pueda, al fin, encontrarle, si quiere meditar amorosamente al modo de esta ave. Así la muerte, las aflicciones, los sudores, los trabajos, en que abunda nuestra vida, los cuales, por justa disposición de Dios, son las penas de pecado, son también, por su dulce misericordia, las gradas para subir al cielo, los medios para aprovecharnos de la gracia y los méritos para obtener la gloria. Bienaventurados son el hambre la sed, la pobreza, la tristeza, la enfer-

medad, la muerte y la persecución, porque son verdaderamente justos castigos de nuestras faltas pero castigos de tal manera templados y de tal manera aromatizados por la suavidad, la mansedumbre y la clemencia divina, que su amargura es una amargura amabilísima.

Pensemos de un modo particular en la cantidad de bienes interiores y exteriores, como también el gran número de prensas internas y externas, que la divina Providencia ha dispuesto para nosotros, según su santísima justicia y misericordia; y, como quien abre los brazos de nuestro consentimiento, abracémoslo todo amorosísimamente, descansemos en su santísima voluntad y cantemos a Dios como himno de eterno sosiego; *Hágase vuestra voluntad, así en la tierra como en el cielo*¹. Hágase vuestra voluntad no sólo en la ejecución de vuestros mandamientos, consejos, e inspiraciones, que nosotros debemos poner en práctica, sino también en el sufrimiento de las aflicciones y de las penas, que debemos aceptar para que vuestra voluntad disponga de nosotros, en todo y según le plazca.

II

Que la unión de nuestra voluntad con el beneplácito de Dios se hace principalmente en las tribulaciones

Las penas consideradas en sí mismas no pueden ser amadas, pero consideradas en su origen, es decir, en la providencia y en la voluntad divina, son infinitamente amables. Mira la vara de Moisés en el suelo, y en una serpiente espantosa; mírala en manos de Moisés, y obra maravillas. Mira las tribulaciones en sí mismas, y te parecerán horribles; míralas en la voluntad de Dios, y son amores y delicias. ¡Cuántas veces nos acontece que recibimos a regañadientes las medicinas de manos del médico o del farmacéutico, y, al sernos ofrecidas por una mano querida, el amor se sobrepone a la repugnancia, y las tomamos con gozo! Ciertamente, el amor o libra al trabajo de su aspereza, o lo hace amable.

Amar los sufrimientos y las aflicciones, por amor de Dios, es el punto más encumbrado de la caridad; porque, en esto, nada hay

que sea amable, fuera de la voluntad divina; hay una gran contradicción por parte de nuestra naturaleza, y no sólo se renuncian los placeres, sino también se abrazan los tormentos y los trabajos.

El maligno espíritu sabía muy bien que era éste el último refinamiento del amor, cuando, después de haber oído de labios de Dios que Job era justo, recto y temeroso de Dios, que huía de todo pecado y que permanecía firme en su inocencia, tuvo todo esto en muy poca cosa, en comparación con el sufrimiento de las aflicciones, por las cuales hizo la última y suprema prueba del amor de este gran siervo a Dios; y, para que estos sufrimientos fuesen extremados, los hizo consistir en la pérdida de todos sus bienes y de todos sus hijos, en el abandono de todos sus amigos; en una fuerte contradicción por parte de sus más allegados, y de su misma esposa; contradicción llena de desprecios, de burlas, de reproches, a todo lo cual juntó casi todas las enfermedades que puede padecer un hombre, especialmente una llaga general, cruel, infecta y horrible.

Ahora bien, mira al gran Job, como rey de los desgraciados de la tierra, sentado sobre un estercolero, como sobre el trono de la miseria, cubierto de llagas, de úlceras, de podredumbre, como quien anda vestido con el traje real adecuado a la cualidad de su realeza; en medio de un tan grande abyección y anonadamiento, que, de no haber hablado, no se podría discernir si era un hombre convertido en estercolero, o si el estercolero era un montón de podredumbre en forma de hombre, oye como exclama: *Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos también los males?*²². ¡Dios mío! ¡Cuán grande es el amor de estas palabras! Considera que has recibido los bienes de la mano de Dios y da una prueba de que no había estimado tanto estos bienes por ser bienes, cuanto porque venían de la mano del Señor. De lo cual concluye que es menester soportar amorosamente las adversidades, pues proceden de la misma mano del Señor, igualmente amable cuando reparte aflicciones que cuando da consolaciones. Todos reciben gustosamente los bienes; pero recibir los males, es tan sólo propio del amor perfecto, que los ama tanto más, cuanto que no son amables sino por la mano que los envía.

III

De la unión de nuestra voluntad con el beneplácito divino, en las aflicciones espirituales, por la resignación

El amor a la cruz nos mueve a imponernos aflicciones voluntarias, como ayunos, vigiliias, cilicios y otras laceraciones de la carne, y nos hace renunciar a los placeres, a los honores y a las riquezas. El amor, en estos ejercicios, es muy agradable al Amado. Sin embargo, todavía lo es más cuando aceptamos con paciencia, dulcemente y con agrado, las penas, los tormentos y las tribulaciones, en consideración a la voluntad divina que nos las envía. Pero, el amor alcanza la plenitud de la excelencia, cuando, además de recibir con paciencia y dulzura las aflicciones, las queremos, las amamos y las aceptamos con cariño por causa del divino beneplácito del cual ellas proceden.

Esta unión y conformidad con el beneplácito divino se hace o por la santa resignación o por la santa indiferencia. Ahora bien, la resignación se practica a manera de esfuerzo y sumisión; quisiera vivir en lugar de morir; sin embargo, puesto que la voluntad de Dios es que muera, me conformo con ello. Estas son palabras de resignación y de aceptación, fruto del sufrimiento y de la paciencia.

IV

De la unión de nuestra voluntad con el beneplácito divino por la indiferencia

La indiferencia está por encima de la resignación, porque no ama cosa alguna, sino por amor a la voluntad de Dios. El corazón indiferente, sabedor de que la tribulación, no deja de ser hija, muy amada del divino beneplácito, la ama tanto como a la consolación, aunque ésta sea más agradable, y aun ama más la tribulación, porque nada ve en ella de amable, si no es la señal de la voluntad de Dios. Si yo no quiero otra cosa que agua pura, ¿qué me importa que me la sirvan en vaso de oro o en vaso de cristal, pues, al fin, no

beberé sino el agua? Mejor dicho, me gustará más en vaso de cristal, pues no tiene otro color que el del agua, el cual, por lo mismo, aparece en él mucho más clara.

Heroica y más que heroica fue la indiferencia del incomparable San Pablo: *estoy apretado* —dice a los Filipenses— *por dos lados, pues deseo verme libre de este cuerpo y estar con Jesucristo, cosa muchísimo mejor, y también permanecer en esta vida por vosotros*³. En lo cual fue imitado por el gran obispo San Martín, quien, al llegar al fin de su vida, a pesar de que se abrasaba en deseos de ir a Dios, no dejó, empero, de manifestar que, con gusto, hubiera permanecido entre los trabajos de su cargo, para el bien de su querido rebaño.

El corazón indiferente es como una pelota de cera entre las manos de Dios, para recibir de una manera igual todas las impresiones del querer eterno: un corazón indiferente para elegir, igualmente dispuesto a todo, sin ningún otro objeto para su voluntad que la voluntad de Dios; que no pone su afecto en las cosas que Dios quiere, sino en la voluntad de Dios que las quiere. Por esta causa, cuando la voluntad de Dios se manifiesta en varias cosas, escoge, al precio que sea, aquella en la cual aparece más clara. El beneplácito de Dios se encuentra en el matrimonio y en la virginidad, pero porque resplandece más en la virginidad, el corazón indiferente la escoge, aun a costa de la vida, tal como acaeció a la hija espiritual de San Pablo, Santa Tecla, a Santa Cecilia, a Santa Agata y a otra símil. La voluntad se encuentra en el servicio del pobre y en el del rico, pero algo más en el del pobre; el corazón indiferente tomará este partido. La voluntad de Dios aparece en la modestia, practicada entre las consolaciones, y la paciencia, practicada entre las tribulaciones; el corazón indiferente escogerá ésta, porque ve en ella más voluntad de Dios. En una palabra, la voluntad de Dios es el supremo objeto del alma indiferente; dondequiera que la ve, *corre al olor de sus perfumes*⁴ y busca siempre aquello donde más se manifiesta, sin consideración a otra cosa alguna. Es conducido por la divina voluntad como por un lazo suavísimo, y la sigue por dondequiera que va; llegaría a preferir el infierno al paraíso, si supiese que en aquél hay un poco más de beneplácito divino que en éste.

De la práctica de la indiferencia amorosa en las cosas del servicio de la gloria de Dios

Casi no es posible conocer el divino beneplácito más por los acontecimientos, y, mientras nos es desconocido, es menester que nos unamos lo más fuerte que podamos con la voluntad que nos es manifestada o significada. Pero en seguida que se muestra el beneplácito de su divina Majestad, hay que sujetarse amorosamente a su obediencia.

Mi madre o yo (que para el caso es lo mismo) estamos enfermos en cama. ¿Por ventura sé si quiere Dios que sobrevenga la muerte? A la verdad no sé nada. Lo que sé con certeza es que mientras espero el acontecimiento que su beneplácito tenga a bien disponer, quiere, con voluntad manifiesta, que emplee todos los remedios necesarios para la curación. Lo haré, pues, así, fielmente, sin omitir nada de cuanto pueda buenamente contribuir a la consecución de este fin. Pero, si es voluntad de Dios que el mal, vencedor de los remedios, acarree la muerte, en cuanto esté seguro de ello por el mismo acontecimiento, quedaré amorosamente tranquilo en la parte superior de mi espíritu, a pesar de la repugnancia de las potencias inferiores de mi alma. Sí, Señor, lo quiero — diré — porque es de vuestro agrado que sea así; si os place a Vos, también me place a mí, que soy siervo humildísimo de vuestra voluntad.

Pero si el querer divino se nos diese a conocer antes del acontecimiento, como a San Pedro y el género de muerte, a San Pablo las cadenas y las cárceles, a Jeremías la destrucción de su amada Jerusalén, a David la muerte de su hijo, entonces sería menester unir, al instante, nuestra voluntad con la de Dios, hasta el punto de poner en ejecución, a ejemplo de Abrahan, el decreto eterno de la muerte de nuestros hijos. ¡Admirable unión la de la voluntad de este patriarca con la de Dios! pues, al ver que el beneplácito divino le exigía el sacrificio de su hijo, lo quiso y se dispuso a su ejecución tan decidido; admirable también la unión de la voluntad del hijo, que ofreció tan suavemente su cuello a la espada de su padre, para hacer vivir la voluntad de Dios al precio de su propia muerte.

Pero advierte, Teótimo, un rasgo de la perfecta unión de un corazón con el beneplácito divino. Cuando Dios le manda que sacrifique a su hijo, no se entristece; cuando le dispensa de ello, no se regocija. Todo es igual para este gran corazón, con tal que la voluntad de Dios sea servida.

Muchas veces Dios, para ejercitarnos en esta santa indiferencia, nos inspira designios muy elevados, cuya realización no desea; y, entonces, así como es menester comenzar y continuar la obra con osadía, aliento y constancia, en la medida de lo posible, del mismo modo es menester conformarse suave y tranquilamente con el éxito de la empresa que a Dios pluguiere darnos. San Luis, movido por la inspiración, pasa el mar, para conquistar Tierra Santa; el éxito es adverso, y él se conforma dulcemente. Prefiere la tranquilidad de este asentamiento que la magnanimidad del designio. San Francisco se va a Egipto, para convertir a los infieles o morir mártir entre ellos; tal es la voluntad de Dios, pero regresa sin haber logrado ni lo uno ni lo otro, y también es ésta la voluntad de Dios. Fue también voluntad de Dios que San Antonio de Padua deseara el martirio y que no lo lograra. El bienaventurado Ignacio de Loyola, después de haber puesto en marcha, con grandes trabajos, la Compañía de Jesús, cuyos hermosos frutos contemplaba, previendo otros mucho mejores para el porvenir, sintióse, empero, con alientos para asegurar que, si la Compañía llegase a deshacerse, cosa para él la más áspera, le bastaría media hora para sosegarse y quedar tranquilo en la voluntad de Dios. Aquel doctor y santo predicador de Andalucía, Juan de Avila, después de haber concebido el designio de fundar, una comunidad de clérigos reformados, para el servicio de la gloria de Dios, cuando tenía ya el plan muy adelantado desistió de su intento con una dulzura y una humildad incomparables, al ver que los jesuitas eran suficientes para la realización de esta empresa. ¡Oh, qué felices son estas almas, animosas y fuertes para las empresas que Dios les inspira, y, al mismo tiempo, dóciles y flexibles en dejarlas, cuando Dios así lo dispone! Estos son los rasgos de una indiferencia perfectísima: el desistir de hacer un bien, cuando a Dios así le place, y el volver atrás en el camino comenzado, cuando la voluntad de Dios, que es nuestro guía, así lo ordena.

Así, ¿no podemos poner afecto en ninguna cosa, y hemos de

dejar todos los negocios a merced de los acontecimientos? No hemos de olvidar nada de cuanto se requiere para el buen éxito de las empresas que Dios ha puesto en nuestras manos, pero siempre con la condición de que si el éxito es adverso, lo aceptemos con tranquilidad y dulzura, porque tenemos el mandato de poner un gran cuidado en las cosas que se refieren a la gloria de Dios y que nos han sido confiadas, pero no estamos obligados ni corre a cuenta nuestra el obtener un buen éxito, porque no depende de nosotros. *Ten cuidado de él*⁵, le fue dicho al dueño del mesón, en la parábola de aquel pobre hombre que yacía medio muerto entre Jerusalén y Jericó. Hace notar San Bernardo que no se le dijo: Cúralo, sino: Ten cuidado de él. Así los apóstoles, con un cariño incomparable, predicaron primeramente a los judíos, aunque sabían que al fin tendrían que dejarlos, como una tierra estéril, para dirigirse a los gentiles. Corresponde a nosotros el *sembrar* y el *regar*, pero el *dar el fruto*⁶ sólo es propio de Dios.

Pero, si la empresa, comenzada por inspiración, se malogra por culpa de aquellos a quienes ha sido encomendada, ¿cómo se puede decir entonces que es menester conformarse con la voluntad de Dios? Porque me dirá alguno que no es la voluntad de Dios la que impide el éxito, sino mi falta, de la cual no es causa la voluntad divina. Es cierto, hijo mío, que tu falta no es debida a la voluntad de Dios, pues Dios no es autor del pecado; pero es voluntad de Dios que a tu falta siga, en castigo de la misma, el fracaso y el mal éxito de la empresa, porque, si su bondad no puede querer la falta, su justicia hace que quiera la pena que por ella padeces. Así Dios no fue la causa de que David pecase, pero le impuso la pena debida a su pecado; tampoco fue la causa del pecado de Saúl, pero sí de que, en castigo, se echase a perder en sus manos la victoria.

Luego, cuando acaece que los sagrados designios fracasan, en castigo de nuestras faltas, debemos igualmente detestar la falta por un sólido arrepentimiento, y aceptar la pena que por ella recibimos, porque, así como el pecado es contrario a la voluntad de Dios, la pena es conforme a ella.

De la indiferencia que debemos practicar en lo tocante a nuestro adelanto en las virtudes

Si no sentimos el progreso y el avance de nuestros espíritus en la vida devota, según quisiéramos, no nos turbemos, permanezcamos en paz y procuremos que siempre la tranquilidad reine en nuestros corazones. Es deber nuestro cultivar nuestras almas y, por consiguiente, es menester que nos empleemos fielmente en ello. Pero, en cuanto a la abundancia de la cosecha y de la mies, dejemos el cuidado a nuestro Señor. El labrador nunca será reprendido por no tener una buena cosecha, sino por no haber arado y sembrado bien las tierras. No nos inquietemos, si siempre nos vemos novicios en el ejercicio de las virtudes; porque, en el monasterio de la vida devota, todos se creen siempre novicios y, en él, toda la vida está destinada a probación, y no hay señal más evidente de ser, no ya novicio, sino digno de expulsión y de reprobación, que el creerse profeso y tenerse por tal, porque, según la regla de esta orden, no la solemnidad de los votos, sino el cumplimiento de los mismos hace profesos a los novicios. Pero dirá alguno: Si yo reconozco que, por mi culpa, se retarda mi aprovechamiento en las virtudes, ¿cómo puedo dejar de entristecerme y de inquietarme? Ya lo dije en la *Introducción a la vida devota*, pero lo repito con gusto, porque es una cosa que nunca se dirá bastante: Conviene entristecerse por las faltas cometidas, pero con un arrepentimiento fuerte y sosegado, constante y tranquilo, mas nunca turbulento, inquieto, desalentado. ¿Conocéis que vuestro retraso en el camino de la virtud es debido a vuestras culpas? Pues bien, humillaos delante de Dios, implorad su misericordia, postraos en el acatamiento de su divina bondad, pedidle perdón, reconoced vuestra falta, solicitad su gracia al oído mismo de vuestro confesor y recibiréis la absolución; pero, una vez hecho esto, permaneced en paz, y, después de haber detestado la ofensa, abrazaos amorosamente con la humillación que sentís por vuestro retraso en el progreso espiritual.

Las almas que están en el purgatorio, indudablemente están en él por sus pecados, que han detestado y detestan en gran manera;

pero, en cuanto a la abyección y pena que sienten por estar privadas, durante algún tiempo, del goce del amor bienaventurado del paraíso, la sufren amorosamente y pronuncian con devoción el cántico de la justicia divina; *Justo sois Señor, y rectos son vuestros juicios*⁷. Esperemos, pues, con paciencia nuestro adelanto, y, en lugar de inquietarnos por haber progresado tan poco en el pasado, procuremos obrar con más diligencia en el porvenir.

VII

Cómo debemos unir nuestra voluntad con la de Dios en la permisión de los pecados

Dios odia sumamente el pecado, y, sin embargo, lo permite muy sabiamente, para dejar que la criatura racional obre según la condición de su naturaleza, cuando, pudiendo quebrantar la ley, no la quebrantan. Adoremos, pues, y bendigamos esta santa permisión. Mas, puesto que la Providencia, que permite el pecado, lo odia infinitamente, detestémoslo con ella, odiémoslo, deseando con todas nuestras fuerzas que el pecado permitido no se cometa nunca; y, como consecuencia de este deseo, empleemos todos los remedios que estén a nuestro alcance para impedir el comienzo, al avance y el reino del pecado, a imitación de nuestro Señor, que no cesa de exhortar, de prometer, de amenazar, de prohibir, de mandar y de inspirar, para apartar nuestra voluntad del pecado, en cuanto sea posible, sin detrimento de su libertad.

Pero, una vez cometido el pecado, hagamos cuanto podamos para que sea borrado, a imitación de nuestro Señor, quien volvería a padecer la muerte para librar a una sola alma del pecado. Pero, si el pecador se obstina, lloremos, Teótimo, suspiremos, roguemos por él, juntamente con el Salvador de nuestras almas, quien habiendo, durante su vida, derramado muchas lágrimas por los pecadores, murió, finalmente, con los ojos anegados en llanto y con su cuerpo bañado en sangre, lamentando la muerte de ellos. Este sentimiento conmovió tan vivamente a David, que desfalleció su corazón: *Desmayé de dolor, por causa de los pecadores que abandonaban tu ley*⁸. Y el gran Apóstol confiesa que *siente un continuo*

*dolor*⁹ por la obstinación de los judíos.

Sin embargo, por obstinados que sean los pecadores, no nos desalentemos en su ayuda y servicio; porque ¿acaso sabemos si harán penitencia y se salvarán? Bienaventurado aquel que, como San Pablo, puede decir a sus prójimos: *No he cesado, de día y de noche de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros*¹⁰; y *por lo tanto, estoy limpio de la sangre de todos, pues no he dejado de intimaros todos los designios de Dios*¹¹. Mientras permanezcamos dentro de los límites de la esperanza de que el pecador se pueda enmendar, los cuales son tan extensos como los límites de la vida, nunca debemos rechazarle, sino que hemos de rogar por él y ayudarle tanto cuanto su desgracia lo permita.

Finalmente, después de haber llorado sobre los obstinados y de haber cumplido con respecto a ellos todos los deberes de caridad, para alejarlos del pecado, hemos de imitar a nuestro Señor y a los apóstoles, es decir, hemos de desviar nuestro espíritu de allí y volverlo hacia otros objetos y hacia otras ocupaciones más útiles para la gloria de Dios. *A vosotros —decían los apóstoles a los judíos— debía ser primeramente anunciada la palabra de Dios; mas, ya que la rechazáis y os juzgáis vosotros mismos indignos de la vida eterna, de hoy en adelante nos vamos a los gentiles*¹². *Os será quitado el reino de Dios y dado a gentes que rindan fruto*¹³; porque solo podemos detenernos en llorar demasiado sobre unos, cuando no es en detrimento del tiempo necesario para procurar la salvación de otros. Ciertamente, dice el Apóstol *que siente un dolor continuo por la pérdida de los judíos*; pero lo dice de la misma manera que decimos nosotros que bendecimos a Dios en todo tiempo, pues esto no quiere decir otra cosa sino que le bendecimos con mucha frecuencia y en toda ocasión.

Por lo demás, hemos de adorar, amar y alabar la justicia vindicativa de nuestro Dios, tal como amamos su misericordia, pues una y otra son hijas de su bondad. Porque, por su gracia, quiere hacernos buenos, como buenísimo, que es; y, por su justicia, quiere castigar el pecado, porque, siendo soberanamente bueno, detesta el sumo mal, que es la iniquidad. Nunca Dios retira su misericordia de nosotros, si no es en equitativa venganza de su justicia, y nunca escapamos de su justicia, sino por su misericordia con los que se han de salvar, se alegrará, asimismo, cuando vea la ven-

ganza; los bienaventurados aprobarán con alegría la sentencia de condenación de los réprobos, como aprobarán la de salvación de los justos, y los ángeles que hayan practicado la caridad con los hombres confiados a su custodia, permanecerán en paz al verles obstinados y aun condenados. Es, por lo mismo, necesario descansar en la voluntad divina y besar con igual amor y reverencia la mano derecha de su misericordia y la mano izquierda de su justicia.

VIII

Cómo la pureza de la indiferencia se ha de practicar en las acciones del amor sagrado

Uno de los mejores músicos del mundo, que tocaba el laúd a la perfección, ensordeció tanto, en poco tiempo, que perdió enteramente el uso del oído. Sin embargo no dejó, por esta causa, de cantar y de pulsar delicada y maravillosamente su instrumento, merced a la gran habilidad que en ello tenía, y que su sordera no le había arrebatado. Mas, porque no sentía ningún placer en su canto ni en su música, pues, privado del oído, no podía darse cuenta de la dulzura y de la belleza de los sonidos, sólo cantaba y tocaba el laúd para contentar a un príncipe, del cual había nacido súbdito y a quien se sentía muy inclinado a complacer, obligado, además, como estaba, por haberse criado, durante su juventud, en su casa. Poreste motivo, sentía un placer sin igual en darle gusto, y, cuando su príncipe daba muestras de complacerse en su canto, quedaba transportado de alegría. Mas acaecía, a veces, que el príncipe, para poner a prueba el amor de este amable músico, le mandaba cantar, y en seguida lo dejaba en su cámara y se iba de caza; pero el deseo que el cantor tenía de acomodarse al gusto de su señor, hacía que continuase cantando con la misma atención que si el príncipe hubiese estado presente, aunque, en verdad, no sentía en ello ningún gusto; porque ni sentía el placer de la melodía, porque le privaba de él la sordera, ni el de agradar al príncipe, porque estaba ausente y no podía gozar de la dulzura de sus hermosos cantos.

A la verdad, el corazón humano es el verdadero cantor del

himno del amor sagrado, y es también el arpa y el salterio. Este cantor se escucha por lo regular, a sí mismo, y siente una gran complacencia en oír la melodía de su canto. En otros términos: cuando nuestro corazón ama a Dios, saborea las delicias de este amor y recibe un contento indecible de amar un objeto tan amable. Y en esto estriba la variación, a saber, en que, en lugar de amar este santo amor porque tiende a Dios, que es el amado, lo amamos porque procede de nosotros, que somos los amantes. ¿Quién no ve que, haciéndolo así, no buscamos a Dios, sino que nos volvemos hacia nosotros mismos, amando el amor en lugar de amar al amado, es decir, amando este amor, no por el contento y beneplácito de Dios, sino por el placer y el contento que de este amor sacamos? Luego, el cantor que, al principio, cantaba a Dios y para Dios, canta ahora más a sí mismo y para sí mismo que para Dios; si se complace en cantar, no es tanto para alegrar los oídos de Dios, cuanto para alegrar los suyos. Y, puesto que el cántico del amor divino es el más excelente de todos, lo ama también más, no por causa de las divinas excelencias que en él son alabadas, sino porque el aire del canto es, por ello, más delicioso y agradable.

IX

Manera de conocer el cambio en el sujeto de este santo amor

Fácilmente conocerás esto, Teótimo, porque si este ruiseñor canta para agradar a Dios, cantará el himno que sabrá que es más agradable a la divina Providencia. Pero, si canta por el placer que siente en la melodía de su canto, no cantará el cántico que es más agradable a la celestial bondad, sino el que más le guste a él y en el cual crea que podrá encontrar mayor deleite. Bien podrá ocurrir que de dos cantos verdaderamente divinos, el uno se cante porque es divino y el otro porque es agradable. El cántico es divino, pero el motivo que nos hace cantar es el deleite espiritual que en él buscamos.

¿No ves —diremos a un obispo— que Dios quiere que cantes el himno pastoral del divino amor en medio de tu grey, que este mismo autor te mandó, por tres veces, apacentar, en la persona del

apóstol San Pedro, el primero de todos los pastores? ¿Qué responderás a esto? Que en Roma y en París hay más deleites espirituales, y que el divino amor se puede practicar allí con más suavidad. ¡Dios mío! no es por vuestro agrado que este hombre quiere cantar, sino por el gusto que siente en ello; no os busca a Vos en el amor, sino el contento que le causa el ejercicio de este amor. Los religiosos desearían cantar el cántico de los prelados, y los casados el de los religiosos, con el fin, según dicen ellos, de poder mejor amar y servir a Dios. ¡Ah! os engañáis a vosotros mismos, mis queridos amigos; no digáis que es para mejor amar y servir a Dios, sino para servir vuestro propio contento, al que amáis más que al contento de Dios. También en la enfermedad se encuentra la voluntad de Dios, y, ordinariamente, más que en la salud. Si amamos, pues, la salud, no digamos que es mejor servir a Dios; porque ¿quién no ve que lo que buscamos no es la voluntad de Dios en la salud, sino la salud en la voluntad de Dios?

Es sin duda, muy difícil amar a Dios sin amar, a la vez, el placer que causa el amarle; pero, no obstante, hay mucha diferencia entre el contento que produce el amor a Dios porque es bello, y el que produce el amarle porque su amor nos es agradable. Debemos, pues, buscar en Dios el amor de su belleza, y no el placer que hay en la belleza de su amor. El que, cuando ruega a Dios, se da cuenta de que ruega no atiende perfectamente a la oración, porque distrae su atención de Dios, a quien ruega. El mismo cuidado que muchas veces ponemos en no distraernos es, con frecuencia, causa de grandes distracciones. La simplicidad, en las acciones espirituales, es lo más recomendable. ¿Quieres contemplar a Dios? Contéplale y atiende a esto; porque, si reflexionas y vuelvas los ojos hacia ti, para ver como le contemplas, ya no contemplas a Él, sino que contemplas tu actitud, a ti mismo. El que ora con fervor, no sabe si ora o no ora, porque no piensa en la oración que hace, sino en Dios, a quien la hace. El que ama con ardor no vuelve su corazón sobre sí mismo, para mirar lo que hace, sino que lo detiene y lo ocupa en Dios, a quien aplica su amor. El cantor celestial se complace tanto en dar gusto a Dios, que no recibe ningún goce de la melodía de su voz, sino porque ésta agrada a su Dios. ¿Ves, Teótimo, a este hombre que ruega a Dios, y al parecer con tanta devoción, y que es tan fervoroso en los ejercicios del amor celes-

tial? Aguarda un poco y verás si es Dios a quien ama. ¡Ah!, en cuanto cese la suavidad y la satisfacción que sentía en el amor, y lleguen las sequedades, lo dejará todo y no rogará sino como de paso. Pues bien, si era Dios a quien amaba, ¿por qué ha dejado de amarle, ya que Dios siempre es el mismo? Amaba la consolación de Dios, y no el Dios de la consolación. Muchos, ciertamente, no se complacen en el amor divino, sino cuando es confitado con el azúcar de alguna suavidad sensible, y fácilmente harían como los niños, los cuales cuando se les da miel sobre un pedazo de pan, lamen y chupan la miel, y echan, después, el pan; porque si la suavidad pudiese ser separada del amor, dejarían el amor y se quedarían con la suavidad. Estas personas están expuestas a muchos peligros: o al peligro de volver atrás, cuando los gustos y los consuelos faltan, o al de gozarse en vanas suavidades, bien ajenas al verdadero amor.

X

De la perplejidad del corazón que ama sin que sepa que agrada al Amado

Muchas veces no sentimos ningún consuelo en los ejercicios del amor sagrado, y, como los cantores sordos, no oímos nuestra propia voz, ni podemos gozar de la suavidad de nuestro canto; al contrario, aparte de esto, nos sentimos acosados de mil temores, turbados de mil ruidos, que el enemigo hace en torno de nuestro corazón, sugiriéndonos el pensamiento de que quizás no somos agradables a nuestro Señor de que nuestro amor es inútil y aun falso y vano, pues no nos causa ningún consuelo. Entonces trabajamos no sólo sin placer sino con gran tedio, no viendo ni el fruto de nuestro trabajo ni el contento de Aquel por quien trabajamos.

Es cuando es menester dar pruebas de invencible fidelidad al Salvador, sirviéndole puramente por amor a su voluntad, no sólo sin placer, sino también entre este diluvio de tristezas, de horrores, de espantos y de ataques, como lo hicieron su gloriosa Madre y San Juan, el día de su pasión, los cuales, entre tantas blasfemias, dolores y angustias mortales, permanecieron firmes en el amor,

aun en aquellos momentos en que el Salvador, habiendo retirado todo su santo gozo a la cumbre de su espíritu, no irradiaba alegría ni consuelo alguno de su divino rostro, y en que sus ojos, cubiertos de obscuridad de muerte, no despedían sino miradas de dolor, como el sol despedía rayos de horror y espantosas tinieblas.

XI

Cómo el alma, en medio de estos trabajos interiores, no conoce el amor que tiene a Dios, y de la muerte amabilísima de la voluntad

El alma que anda muy cargada de penas interiores si bien puede creer, esperar y amar a Dios, y, en realidad, así lo haga, sin embargo no tiene fuerza para discernir si cree, espera y ama a su Dios, pues la angustia la llena y la abate tan fuertemente, que no puede volver sobre sí misma para ver lo que hace; por esta causa, figura que no tiene fe, ni esperanza, ni caridad, sino tan sólo fantasmas, e inútiles impresiones de estas virtudes que siente sin sentir las, y como extrañas, mas no como familiares de su alma.

Las angustias espirituales, hacen el amor enteramente puro y limpio; porque, cuando estamos privados de todo goce, por el cual podríamos estar obligados a Dios, nos une a Dios inmediatamente, voluntad con voluntad, corazón con corazón, sin que anden de por medio ningún consuelo o pretensión. ¡Qué afligido está el pobre corazón, cuando, como abandonado por el amor, mira en todas direcciones y no lo encuentra, según le parece!

¿Qué podrá, pues, hacer el alma que vive en este estado? En tales momentos, Teótimo, no sabe cómo sostenerse, entre tantas congojas, y sólo tiene fuerza para dejar morir su voluntad en las manos de la voluntad de Dios, a imitación del dulce Jesús, el cual, cercado a la muerte, exhalando el último suspiro, dijo con una gran voz y con muchas lágrimas: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*¹⁴ palabras que fueron las últimas de todas y por las cuales el Hijo muy amado dio la prueba suprema de su amor al Padre. Nosotros, cuando las convulsiones de las penas espirituales nos priven de toda suerte de alivio y de los medios de resistir, ponga-

mos nuestro espíritu en manos del eterno Hijo, que es nuestro verdadero padre, y bajando la cabeza en señal de asentimiento a su beneplácito, entreguémosle toda nuestra voluntad.

XII

Cómo la voluntad, una vez muerta a sí misma, vive puramente en la voluntad de Dios

No dejamos de hablar con propiedad, cuando, en nuestro lenguaje, llamamos tránsito a la muerte de los hombres, significando con ello que la muerte no es más que un paso de una vida a otra, y que al morir no es sino atravesar los límites de esta vida mortal para ir a la inmortal. Ciertamente, nuestra voluntad, como nuestro espíritu, nunca puede morir; pero, a veces, va más allá de los confines de su vida ordinaria, para vivir toda en la voluntad divina, y es entonces cuando ni puede ni quiere querer cosa alguna, sino que se entrega totalmente y sin reservas al beneplácito de la divina Providencia, confundiéndose de tal manera con este divino beneplácito que ya no aparece más, sino que está toda oculta, con Jesucristo, en Dios, donde vive, aunque no ella, sino la voluntad de Dios en ella.

La suma perfección de nuestra voluntad consiste en que esté tan unida con la del soberano Bien como la de aquel santo que decía: *Oh Señor, me habéis conducido y guiado hacia vuestra voluntad*; que quiere decir que no había hecho uso de su voluntad para conducirse a sí mismo, sino simplemente se había dejado guiar y llevar por la de Dios.

XIII

Del ejercicio más excelente que podemos practicar en medio de las penas interiores y exteriores de esta vida, mediante la indiferencia y la muerte de nuestra voluntad

Bendecir a Dios y darle las gracias por todos los acontecimientos, que su Providencia ordena, es, en verdad, una ocupación

muy santa; pero, cuando dejamos a Dios el cuidado de querer y de hacer lo que le plazca en nosotros, sobre nosotros y de nosotros, sin atender a lo que ocurre, aunque lo sintamos mucho, procurando desviar nuestro corazón y aplicar nuestra atención a la bondad y a la dulzura divina, bendiciéndolas, no en sus efectos ni en los acontecimientos que ordenan, sino en sí mismas y en su propia excelencia, entonces hacemos, sin duda, un ejercicio mucho más eminente.

*Mis ojos están siempre fijos en el Señor, porque Él ha de sacar mis pies del lazo*¹⁵. ¿Has caído en las redes de las adversidades? No mires tu desventura ni las redes en las cuales estás prendido; mira a Dios, y déjale hacer, y Él tendrá cuidado de ti. *Arroja en el seno del Señor tus ansiedades, y Él te sustentará*¹⁶. ¿Por qué te entrometes en querer o no querer los acontecimientos y los accidentes del mundo, pues no sabes lo que debes querer, y sabiendo que Dios siempre querrá por ti todo cuanto tú puedas querer, sin que tengas que vivir con cuidado? Atiende, pues, con sosiego de espíritu a los efectos del beneplácito divino, y que te baste su querer, pues siempre es bueno. Así lo ordenó Él a Santa Catalina de Sena: Piensa en Mí —le dio— y Yo pensaré en ti.

Es muy difícil expresar bien esta indiferencia de la voluntad humana, así reducida y muerta en la voluntad de Dios; porque no hay que decir, al parecer, que ella presta su aquiescencia a la voluntad divina, pues la aquiescencia es un acto del alma que manifiesta su consentimiento. Tampoco hay que decir que la acepta y la recibe, porque el aceptar y el recibir son ciertas acciones, que en alguna manera se pueden llamar pasivas, por las cuales abrazamos y tomamos lo que nos acontece. Asimismo no hay que decir que permite, porque la permisión es un acto de la voluntad, una especie de querer ocioso, que, verdaderamente, nada quiere hacer, aunque quiere dejar hacer. Me parece, pues, mejor decir que el alma que está en esta indiferencia y que, en lugar de querer cosa alguna, deja a Dios querer lo que le plazca, mantiene su voluntad en una simple y general espera, porque esperar no es hacer u obrar, sino estar dispuesto a cualquier acontecimiento. Y, si reparáis en ello, veréis que esta espera del alma es verdaderamente voluntaria, y, sin embargo, no es una acción, sino una simple disposición para recibir lo que acaeciere; y, cuando los acontecimientos han llegado y han sido aceptados, la espera queda transformada en un consentimiento o